



pulso firme para matar

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.457 — Las treinta monedas de la traición.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.318 — El hombre de los ojos de pez.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de oro, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

700— ¡Muerto, vuélvete a la tumba!

LOU CARRIGAN

**PULSO FIRME
PARA MATAR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 711
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-G2520-X
Depósito legal: B. 39.063 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1975

© Clark Carrados - 1975
texto

© Salvador Fabá - 1975
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

El recio dedo índice del hombre apuntó rectamente al centro del esbelto pecho femenino.

—Si te vas de mi lado, tendrás que lamentarlo —dijo.

Ruth Egan se echó a reír.

—Me das pena —contestó—. ¿Crees que no hay en toda la ciudad otro hombre más importante que tú? Al menos, en este aspecto, Denis Fuller te iguala, si no te supera; y en cuanto a emolumentos, te rebasa ampliamente. Estoy harta de pedirte aumento de sueldo; mi trabajo es una mina para ti, pero no parece hacer aprecio. No soy una esclava tuya, Richard Farnsyde, y esto se ha acabado. He aguardado demasiado tiempo. Ya es tarde para lamentaciones.

—Las lamentaciones serán tuyas, Ruth —amenazó el hombre.

Ella se encogió de hombros.

—¿Algo más, señor Farnsyde? —preguntó fríamente.

Farnsyde aguardó casi un minuto. Luego dijo:

—No rectificas, ¿verdad?

—No.

—Allí está la puerta, Ruth.

—Adiós, Richard —se despidió ella.

Era alta, morena, de silueta escultural. Después de girar en redondo, caminó hacia la puerta del lujoso despacho y salió sin volver la cabeza atrás una sola vez.

En la mesa de despacho había varios teléfonos. Farnsyde levantó uno, marcó varias cifras y aguardó hasta que oyó una voz masculina, algo aflautada, al otro lado de la línea.

—Zorini —dijo el hombre, sin más.

—Joe, Ruth Egan se ha marchado.

—¡Qué descaró!

—Trabajaré con Fuller a partir de ahora.

—¡Desvergonzada!

—¿Sugieres algo, Joe?

—Déjelo de mi cuenta.

—No quiero que trabaje para nadie más, aunque me interesa que viva muchos años para lamentarlo.

Sonó una risita.

—¿Cuántos años tiene Ruth?

—Oh, yo diría que unos veinticinco, veintiséis tal vez...

—El promedio de la vida humana actual, para la mujer, es de setenta y seis años. Lo lamentará medio siglo.

—Estupendo, Joe. Eso es todo.

—Sí, señor.

Farnsyde dejó el teléfono nuevamente en la horquilla. Luego se enfrascó en el trabajo. Acababan de darle una mala noticia acerca de un edificio que estaban construyendo por cuenta de la inmobiliaria que presidía y quería comprobar de un modo detallado el alcance de la noticia. Si lo que le habían dicho era cierto, podía perder unos cuantos miles de dólares, tal vez decenas de miles, por la actuación de un idiota con demasiados escrúpulos.

Ruth Egan se contempló al espejo, satisfecha de sí misma y de su perfecta silueta. Vestía un traje completamente negro, sin espalda y con el escote delantero hasta la cintura. Apenas usaba adornos de joyas; sabía que la piel blanquísima era el mejor adorno, en contraste con la seda del vestido, cuya falda, ciertamente, no tenía nada de moderada. Salvo los pendientes, muy pequeños, y un arillo de oro en la mano izquierda, no llevaba más, ni siquiera reloj de pulsera.

Estaba lista para salir. Fuller había mejorado sus honorarios en casi un setenta y cinco por ciento más. Farnsyde era un tacaño y ella había logrado crear un número de gran originalidad, con el aditamento de una hermosa voz de contralto, que llamaba a los clientes como la miel a las moscas.

De pronto, cuando ya iba a coger la estola de piel con que cubriría sus hombros, llamaron a la puerta.

Frunció el ceño, extrañada, ya que no esperaba ninguna visita. Vaciló un momento, pero, al fin, acabó por abrir.

Inmediatamente, palideció. Conocía a los dos hombres que estaban en el umbral. Tipp Bradon y Lou Ehling, dos sujetos de la

peor especie, de los que se decían cosas muy malas y siempre en voz baja.

Bradon la empujó con el índice de la mano izquierda. La derecha estaba escondida en el bolsillo correspondiente.

—Adentro —dijo.

—Gritaré si me toman —exclamó ella.

Ehling cerró la puerta cuidadosamente. Luego, de súbito, sacó algo del bolsillo.

Durante una fracción de segundo, Ruth vio el frasco de vidrio. El instinto la hizo cerrar los ojos, a la vez que echaba la cabeza atrás. Empezó a levantar las manos, pero el chorro de ácido ya caía en su cara.

Se desplomó de espaldas, chillando horriblemente. El dolor era espantoso. De repente, se desmayó.

Bradon se inclinó sobre ella y rasgó su vestido, dejando el cuerpo descubierto hasta más abajo de la cintura.

—Ha sido una suerte que se haya desmayado —dijo, mientras vertía el contenido de otro frasco de ácido, aún mayor que el anterior.

—Ruth fue siempre muy amiga de cooperar —rió Ehling.

La estancia hedía a carne abrasada por el ácido. Ehling y Bradon dieron media vuelta. Eran tipos hábiles; sabían cómo entrar y salir en una casa sin ser vistos por testigos incómodos.

Sentado en un cómodo sillón, en el antedespacho, Derek Hunter leía el diario de la mañana, mientras aguardaba ser recibido por la persona que le había citado. Hunter se había enterado ya de la situación internacional y ahora se ocupaba de los sucesos.

El de mayor relieve era el salvaje ataque sufrido por la cantante y acróbata Ruth Egan. La policía suponía que era cosa de un maníaco o tal vez de un amante despechado. A Ruth Egan le habían quemado el rostro completamente con ácido. También habían derramado gran cantidad de ácido sobre su pecho.

—Los hay salvajes —dijo Hunter, meneando la cabeza.

De pronto, sonó un zumbido. La secretaria tocó una tecla del interfono. Alguien ordenó que Hunter pasara a su despacho.

—Sí, señor —contestó la secretaria—. Señor Hunter, el señor Farnsyde le aguarda.

Hunter se puso en pie. Era un hombre joven, de figura atlética y

rostro agradablemente feo. Guiñó un ojo a la secretaria. Ella se puso colorada.

Instantes después, Hunter se encontraba frente a un individuo de rostro sanguíneo, casi tan alto como él y muy robusto, aunque era fácil ver que aquella robustez era más bien debida a un irrefrenable proceso de obesidad, causado por una vida más bien sedentaria y nada escasa en lujos de toda clase.

—Me han dicho que me llamaba, señor —dijo el visitante.

Farnsyde extendió una mano.

—Siéntese, señor Hunter. ¿Desea beber algo?

—No, gracias; ando algo escaso de tiempo... He de volver a la obra...

—Ah, sí, la obra. Usted se refiere al Farnsyde Residential, sin duda.

—Exactamente, señor.

—Será una obra maravillosa. Su proyecto me gustó tanto, que decidí acometer la empresa de inmediato.

—Muchas gracias, señor Farnsyde.

—Las familias que vivan allí, elogiarán siempre al arquitecto que proyectó y dirigió la obra. Pero he observado un pequeño detalle...

—¿Algo que le disguste, señor? —preguntó Hunter.

—Verá, me han informado que ha rechazado usted una partida de cemento, procedente de la compañía Hadslane...

—Sí, señor, es rigurosamente cierto. Rechacé ese cemento desde el primer día.

—¿Puedo saber las causas, amigo mío? —preguntó Farnsyde untuosamente.

—¿Puede llamarse cemento a algo que no lo es? He proyectado el FR y lo terminaré como Dios manda; es decir, no quiero que el edificio se venga abajo por culpa de un cemento defectuoso. Eso es todo, señor.

—Es un cemento muy bueno y muy barato.

—Barato, no lo sé; bueno, no, en absoluto, señor. Es pésimo. Yo no lo usaría ni para hacer el suelo de la perrera de mi perro.

Farnsyde se puso más rojo que de costumbre.

—¿Quiere decir que no va a usar más cemento de la compañía Hadslane?

—No, señor.

—Hunter, es muy joven todavía y está lleno de ese ardor juvenil que tanto agrada a la gente. Pero seamos razonables; el cemento Hadslane ahorrará a la empresa...

Hunter se puso en pie.

—Hablemos claro. O dirijo la obra a mi gusto, con cemento de absoluta seguridad, o dimito ahora mismo. Las quejas de los futuros inquilinos me molestarían infinitamente menos que el hundimiento del edificio con todos ellos en su interior. Y eso es lo que sucederá si se usa cemento Hadslane.

—Tengo informes de peritos que aseguran...

—Son informes elaborados especialmente, pero tan falsos como un dólar de barro. Tengo una copia de esos informes y he comparado, en el laboratorio, lo que dicen del cemento Hadslane con lo que es la realidad. Señor, no quiero hacerme cómplice de un asesinato masivo.

Los ojos de Farnsyde se entornaron.

—Le ofrezco una última oportunidad, Hunter. Piénselo bien antes de dimitir —dijo.

—Seguiré con la obra si empleo un cemento que me ofrezca absoluta garantía. Un castillo de arena, hecho en la playa por un chiquillo, tiene mucha mayor solidez que el mejor de los rascacielos, hecho con cemento Hadslane.

—En el FR se usará cemento Hadslane.

—Hoy mismo tendrá mi carta de dimisión, señor.

—Adiós, Hunter.

Antes de salir, Hunter se volvió hacia Farnsyde.

—En Kansas hay una Asociación de Arquitectos, a la cual pertenezco. Ya tienen mi informe acerca del cemento Hadslane —se despidió.

Farnsyde lanzó una terrible imprecación. Agarró un enorme cenicero de cristal, pero su visitante había salido ya, por lo que tuvo que dejarlo de nuevo sobre la mesa. Estaba enormemente alterado y tardó bastantes minutos en tranquilizarse.

Cuando, al fin, se sintió un poco mejor, llamó a Joe Zorini.

Joe Zorini escribió algo en un papel y lo entregó a los dos hombres que tenía frente a sí.

—¿Otro? —preguntó Ehling.

Zorini asintió.

—¿Frascos? —dijo Bradon.

—No. —Zorini hizo un gesto muy significativo—. Leña.

—¿Hasta dónde...?

—Renovación total de dentadura y seis costillas rotas, por lo menos.

—Está bien.

Ehling se quejó.

—Estamos trabajando horas extraordinarias —dijo, cínico.

Zorini rió. Sacó unos billetes y los tiró sobre la mesa.

Ehling y Bradon se marcharon. Zorini encendió un cigarro. Aquel condenado arquitecto iba a saber lo caro que resultaba desobedecer las órdenes de un tipo como Farnsyde.

Luego se enfrascó en la lectura de un periódico de la tarde. En la sección de sucesos había numerosos detalles, algunos de ellos, realmente espeluznantes, sobre la clase de quemaduras sufridas por Ruth Egan.

La cantante había salvado la vista, por fortuna, pero el rostro estaba horriblemente abrasado. Asimismo, los médicos que la asistían se habían visto obligados a practicar una mastectomía doble.

—¿Qué demonios será eso de mastectomía? —Gruñó Zorini.

Y para salir de dudas, llamó a un médico amigo suyo, que curaba ciertas heridas sin necesidad de pasar por el hospital ni dar cuenta a la policía.

—Oye, Jake, ¿qué es una mastectomía doble?

—Amputación de los dos pechos —fue la respuesta del galeno.

Zorini meneó la cabeza.

—Pobre chica —fue todo lo que dijo, sin sentir el menor remordimiento por lo que habían hecho sus esbirros.

Llamaron a la puerta. Hunter había vencido ya la cólera que le había acometido después de las indignas propuestas de Farnsyde y estaba haciendo la maleta, a fin de tomarse unas vacaciones.

Había trabajado mucho últimamente, no sólo en el proyecto del Farnsyde Residential, sino en la misma obra. Tenía vagas noticias acerca de la mala fama de Farnsyde y quería que todo saliese bien. Apenas recibió las primeras partidas del cemento Hadslane, hizo analizar unas cuantas muestras.

Los resultados le horrorizaron. Inmediatamente, canceló todos

los pedidos. El FR iba a ser un rascacielos destinado a apartamentos, de casi cincuenta plantas, y no quería que se le hundiese al mes de la inauguración. La casa Hadslane puso el grito en el cielo, lo que había dado como resultado la tempestuosa entrevista con Farnsyde.

Había algo que se llamaba ética profesional, al parecer desconocida para Farnsyde. Más de una vez había oído rumores de ciertas vinculaciones con el mundo del hampa, pero no había hecho el menor caso, abstraído por completo en su tarea. Quizá los rumores tenían mucho de verosímil, después de todo.

Abrió la puerta. Dos sujetos, que le resultaron completamente desconocidos, aparecieron ante sus ojos.

—¿Hunter? —dijo Ehling.

—Sí. ¿Qué desean?

—Queremos hablar con usted...

—Lo siento, me voy de viaje. Otro día —contestó Hunter secamente.

—Tiene que ser ahora —dijo Bradon.

El aspecto de los dos sujetos desagradó a Hunter de inmediato. Antes de que pudiera decir nada, Bradon entró y le empujó con la mano.

Ehling cerró la puerta. Bradon, sin previo aviso, disparó el puño derecho.

Pero su golpe sólo encontró el vacío. Hunter había empezado a sospechar de ellos desde el primer momento y esquivó fácilmente. Ahora tenía ocasión de comprobar personalmente que los rumores sobre Farnsyde eran bastante más que chismorreos de taberna.

Bradon, fallado el golpe, trastabilló. Hunter no le dejó recuperarse y levantó el puño derecho. Ahora ya sabía que tenía que vérselas con dos matones. No albergaba la menor simpatía hacia aquella clase de gente, así que repitió el golpe, ahora con la rodilla, cuando Bradon, con un gemido agónico, se doblaba sobre sí mismo.

Ehling, sorprendido en un principio por una resistencia que no esperaba, reaccionó enseguida y se arrojó contra Hunter, enarbolando una delgada porra, hecha de cable de acero y rematada en una bola de plomo, todo ello forrado de un grueso tejido esponjoso.

La porra subió, pero en la bajada, la mano que la sostenía se encontró con unos dedos de hierro. Antes de que el sorprendido Ehling pudiera saber lo que le sucedía, Hunter efectuó una rápida torsión. El brazo crujió aterradoramente.

Ehling cayó de rodillas, gritando de dolor, ocupándose exclusivamente de su brazo derecho. Hunter recogió la porra y se la puso en la boca al sujeto. Luego cerró las dos mandíbulas con un seco golpe de ambas manos. Los dientes atravesaron el tejido y se rompieron contra el acero. Ehling se desmayó a causa del dolor.

Bradon empezaba a recuperarse, aunque era obvio que no estaba todavía completamente listo para reanudar la lucha. Hunter usó la mano izquierda para agarrarle por el pelo. La derecha golpeó de nuevo un blando estómago. Acto seguido, disparó un aterrador directo a la mandíbula. Bradon cayó junto a su compinche, completamente sin sentido.

Impasible, Hunter se arregló un poco la chaqueta, pasó los dedos por el pelo, agarró la maleta y una bolsa de viaje y salió del piso, sin descuidarse de cerrar con llave. El coche estaba en la calle, alistado para su viaje, pero antes usó una cabina telefónica para avisar a la policía de la presencia de dos ladrones en cierto departamento.

—Van a tener que dar muchas explicaciones para verse libres de este jaleo —murmuró para sí, mientras hacía girar la llave de contacto.

CAPÍTULO II

Sentado en una silla, Derek Hunter fumaba apaciblemente un cigarrillo, mientras contemplaba la lucha que se desarrollaba a pocos pasos de distancia. Un hombre y una mujer se lanzaban feroces golpes de karate, naturalmente simulados, ya que se trataba de un combate de entrenamiento.

La mujer era joven, muy hermosa, de silueta realmente escultural. De pronto, el hombre se encontró volando por los aires.

—Me rindo, señorita Black —dijo, todavía en el suelo—. Es usted invencible, créame.

Ella sonrió levemente. Su pecho, de firmes curvas, enfundado en la tela negra de una malla de *ballet*, subía y bajaba con ritmo no demasiado acelerado. Hunter encontró extraño que la mujer no llevase la indumentaria clásica del karate, pero no hizo el menor comentario al respecto, puesto que no conocía a la joven.

¿Joven?, se dijo, mientras la estudiaba a seis o siete pasos de distancia. Tal vez de cuerpo... pero aquellas facciones algo tirantes, ¿no delataban tal vez la intervención de un cirujano especialista en plástica facial?

El vencido se puso en pie.

—Señorita Black, permítame que le presente a un buen amigo, Derek Hunter, arquitecto. Derek, ella es *miss* Ada Black.

—Encantada, señor Hunter —dijo ella con grave y bien modulada voz—. Con su permiso, señor Lanney.

La joven se marchó. Phil Lanney, profesor y entrenador de gimnasia, se acercó a Hunter.

—Hacia un siglo que no te veía, Derek —exclamó, mientras estrechaba con fuerza la mano del visitante—. ¿Dónde diablos has estado estos dos años?

—Fuera —contestó Hunter, sonriendo—. Primero me fui de vacaciones y luego estuve realizando un proyecto de cierta

importancia. Me ha reportado algo de fama y un poco de dinero.

—Lo que no está nada mal. ¿Te quedas?

—Sí, por eso he venido a verte. ¿Qué hora me fijas, Phil? En estos últimos tiempos he descuidado bastante mis entrenamientos...

—¿Dos o tres sesiones por semana, Derek? —consultó el profesor.

—De momento, dos. Mis músculos están muy reblandecidos por falta de ejercicio.

—Lunes y jueves a las seis. ¿Te conviene?

—Perfecto.

Lanney anotó algo en una libreta. A través de una puerta entreabierta, Hunter pudo ver unas piernas preciosas. Ada Black estaba tendida sobre una mesa, entregada a los cuidados de una masajista.

De pronto, oyó una voz algo irritada:

—¡No quiero masaje tan arriba, señorita! ¡Deje mi espalda en paz, por favor!

—Lo siento, señorita Black —se disculpó la masajista.

—Continúe —dijo Ada secamente.

Hunter miró a su amigo. Lanney sonrió.

—Es una mujer un tanto rara, pero no cabe la menor duda de que posee una fuerza y una agilidad poco comunes. Ya has visto cómo me ha derrotado, ¿no?

—Sí, parece muy hábil.

—Tendrías que haberla visto... —Lanney señaló el gimnasio, largo, de más de treinta metros—. Si quisiera dedicarse al circo, ganaría el dinero a sacos. Yo la he visto dar tres saltos mortales, rematados con uno doble, que no lo mejoraría la mejor acróbata del mundo.

—Y, naturalmente, parte ladrillos con el filo de la mano.

—Que no te pille la garganta, si se enfada contigo. Te dejaría seco en el acto... Pero hablemos de ti, hombre. ¿Te van bien las cosas? Aquí se organizó un escándalo tremendo cuando se suspendieron las obras del Farnsyde Residencial. Saltaron un par de concejales, quebró una empresa de construcción... y el FR sigue parado, porque no hay arquitecto que quiera responsabilizarse de la obra, después de lo que ha ocurrido. Farnsyde sigue teniendo vara alta en la ciudad, pero su edificio no ha pasado de la segunda

planta.

Hunter sonrió.

—Me contrató, creyendo que yo sería un arquitecto barato, porque empezaba en la profesión o poco menos. No digo que no acepté por crearme fama, pero cuando vi que aquel maldito cemento era poco más que barro para adobes, suspendí los pedidos. Farnsyde se enfadó... y yo me marché.

—Hiciste bien, Derek. La propia estimación vale mucho y no digamos cuando, además, hay vidas humanas en juego. Hablando de otra cosa, ¿por qué no vienes a cenar esta noche conmigo? A Helen le encantará, créeme.

—Hombre, no querría darte molestias...

—Será un placer, tonto. Aguarda unos momentos; voy a llamarla por teléfono.

Lanney se alejó. Hunter se acercó a una de las ventanas del gimnasio, desde la cual se divisaba una espléndida vista de una de las principales arterias de la ciudad. De pronto pensó que aquellos dos años se le habían pasado en un soplo.

¿Había hecho bien en volver a su ciudad natal? Confiaba en que Farnsyde habría olvidado lo sucedido, aunque le debía de resultar muy difícil, dado que a cada momento tendría presente su fracaso en la construcción del FR, edificio que ningún otro arquitecto había querido tomar a su cargo. Pero si las cosas se ponían feas, siempre le quedaba el recurso de emigrar nuevamente. No hacía mucho había recibido una buena oferta, y aún no estaba seguro de no aceptarla.

—Veremos —se dijo.

Lanney regresó.

—Helen está muy contenta de tenerte esta noche con nosotros —dijo—. Si me esperas diez minutos, me cambiaré de ropa y nos iremos juntos.

—Está bien.

Ada Black salió escasos segundos antes que ellos, vestida con una blusa cerrada, de cuello alto y mangas hasta la muñeca, y pantalones negros. En el asiento posterior del coche, Hunter divisó fugazmente un estuche de violín.

—Oye, esa mujer sabe de todo —exclamó, mientras se sentaba al lado de su amigo, en el asiento del automóvil—. Hasta toca el

violín...

—Es la primera noticia que tengo —rió Lanney—. En realidad, es una mujer enormemente reservada, aunque muy cortés y amable. Pero si me dijeras que va a pintar una obra maestra o a trepar al Everest a la pata coja, me lo creería igualmente. ¡Es capaz de todo, Derek!

Hunter se echó a reír al escuchar las ponderativas palabras de su amigo. Lanney hizo arrancar el coche. El de Ada iba delante de ellos, pero dos bocacalles después, viró a la derecha y la joven se perdió de vista.

Aquella mañana, cuando apenas acababa de tomar el desayuno, Hunter recibió una llamada. Era del gerente del hotel, quien le anunciaba que *miss* Constance Jerbsen deseaba visitarlo.

—No la conozco, pero hágala subir —dijo Hunter.

Momentos después, abrió la puerta. Una encantadora muchacha, que no pasaba en exceso de los veinte años, apareció ante su vista.

—¿Señor Hunter?

—Pase, señorita Jerbsen. La habitación del hotel no es el lugar más adecuado para recibir...

Ella sonrió al quitarse las gafas de sol. Hunter vio así el par de ojos verdes más bonitos que había visto en su vida.

—Puesto que no tiene estudio abierto, no me queda otro remedio que visitarle aquí —dijo la muchacha—. Señor Hunter, quiero encomendarle la construcción de una casa de recreo, para vacaciones y fines de semana.

Hunter arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe que yo...?

—Vamos, vamos, no sea modesto —exclamó Constance—. Por si no lo sabía, le diré que soy alumna del profesor Lanney. Comenté con él, en alguna ocasión este pequeño problema, y ayer me recomendó a usted. Dijo que no encontraré otro arquitecto mejor, más honesto y con mayor imaginación creadora.

—Y, además, guapo, simpático, caritativo y amante de los niños —rió Hunter—. ¿No le ha dicho que, en mis horas libres, me dedico a pasar ancianitas de un lado a otro de la calle?

Constance sonrió abiertamente.

—Me encantan las personas con buen humor —dijo—. Pero yo no he hecho sino repetir los elogios de su amigo.

—Entonces, yo diré que no podría haber encontrado mejor profesor de gimnasia que Phil Lanney. Pero a lo que íbamos. Usted quiere...

—El proyecto de una casa de recreo, fuera de la ciudad, y también, por supuesto, la supervisión hasta su total terminación. Incluso le encargaría la decoración, para que así la obra resultase completa.

—Una casa fuera de la ciudad... ¿Tiene ya los terrenos?

—Sí, desde luego. La extensión total es de casi cien mil metros cuadrados.

Hunter silbó.

—¡Diez hectáreas!

—En cifras redondas, quinientos metros de largo, por doscientos de ancho. Hay árboles en abundancia, un arroyo con cascada...

—Casi un parque nacional —rió Hunter—. Me gustaría conocer la propiedad, señorita Jerbsen.

Una suave sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Estaba segura de que lo pediría —dijo—. Mi coche está en el *parking* del hotel, señor Hunter.

Era un «Mercedes» biplaza. Hunter volvió a silbar, aunque mentalmente. Era demasiado discreto para expresar de una manera tan grosera su admiración por la opulencia de su posible cliente.

Constance se sentó tras el volante y dio contacto. A Hunter le pareció que estaba a bordo de un cohete espacial.

Durante largo rato, Hunter recorrió la propiedad, situada en una ladera orientada al sur. El eje mayor corría de norte a sur, lo que confería numerosas ventajas a la construcción. En la parte más alta, la pendiente se agudizaba, de modo que el terreno venía a formar una especie de ángulo diedro, de unos ciento cuarenta grados de abertura, con su arista a doscientos metros escasos de la cumbre de la colina que protegía a la propiedad de los vientos dominantes del norte y recogía todo el calor solar a mediodía.

Tratábase, además, de un paraje bastante abrupto, con gran abundancia de plantas silvestres y grandes piedras en algunas partes. Hunter se dijo que algunos de aquellos pedruscos podrían continuar en la propiedad, formando parte de la decoración natural. Otros, lógicamente, deberían ser eliminados o trasladados.

En cuanto al arroyo, procedente de las distantes montañas,

cruzaba casi por el centro de la propiedad y paralelamente al eje mayor. En uno de los lugares, el terreno hacía una especie de falla, por la que el agua se precipitaba en una pequeña cascada, continuando después por un trozo en donde el lecho era sumamente irregular, lo que aumentaba más todavía la belleza natural de aquel curso hidráulico.

Constance contemplaba calladamente al arquitecto, sin atreverse a intervenir con sus observaciones, a fin de no interrumpir sus pensamientos. De repente, Hunter se volvió hacia la joven.

—Acepto encantado —dijo.

Los ojos de la muchacha brillaron de placer.

—Construirá usted una casa maravillosa —aseguró—. ¿Sobre la cascada?

Hunter sonrió.

—Olvídelo —dijo—. Usted querría algo parecido a la casa que Wright construyó sobre una cascada. No lo hago para no imitarle, sino por su propio bien, señorita Jerbsen.

—A ver, explíquese, por favor.

—Ya oirá usted bastante el murmullo del agua, pero si le construyera la residencia de modo que el arroyo pasara por debajo, como en la casa de la cascada de Frank Lloyd Wright, a las dos semanas abandonaría usted el edificio y no volvería jamás. El murmullo del agua es muy grato de escuchar, como el batir de las olas del mar contra los acantilados; pero cuando eso sucede día y noche y a todas horas, uno acaba por odiar esa música natural. De todos modos, usted decidirá a la vista de los diseños que haré y para los que admitiré las sugerencias que indiquen sus preferencias personales. Si después de vistos los diseños insiste en una casa sobre la cascada... tendrá que buscarse a otro arquitecto —concluyó él sonriendo.

—No, usted —dijo Constance con firme acento—. Sus explicaciones sobre el ruido del agua me han convencido plenamente.

—Tendrá la cascada a la vista y le construiré otra, artificial, desviando parte de la corriente, después de haber estudiado las repercusiones legales, con objeto de no meternos en un pleito. La cascada artificial alimentará una piscina, que será casi un pequeño lago. Suprimiremos muchas plantas silvestres y haremos que la

vegetación esté un poco más acorde con el lugar y, por supuesto, con el edificio. Será preciso quitar algunos pedruscos...

Los ojos de la muchacha centelleaban mientras hablaba Hunter. Cuando terminó, dijo:

—Estaba segura de que acertaba al contratarle a usted. ¿Cuándo tendrá listos los diseños?

—Verá, ahora no dispongo de un estudio... Haré que me traigan al hotel un tablero de dibujo. Si mis diseños le gustan, tendré que empezar a pensar en alquilar un estudio. Entonces trazaré el proyecto definitivo y haré los presupuestos...

—También se encargará de la decoración interior.

—Claro, aunque le advierto que le va a costar un ojo de la cara.

Constance se echó a reír.

—¡Adelante, señor Hunter! —respondió significativamente.

De repente, se oyó un sonido extraño. Era un silbido muy suave, como de algún extraño insecto que volase sobre sus cabezas. El silbido terminó en un golpe seco, junto a una roca cercana.

Hunter volvió la cabeza. De nuevo se repitió el silbido y el golpe seco. Entonces vio aparecer una señal extraña en la piedra.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Nos tirotean!

Agarró a la muchacha por un brazo y la apartó de allí presurosamente. Se oyeron varios silbidos más, aunque los impactos de las balas se repartieron en esta ocasión por distintos lugares.

Pasados algunos minutos, volvió la tranquilidad. Hunter se arriesgó a mirar y pudo ver a lo lejos una figura humana, junto a un automóvil. La distancia era excesiva para distinguir el sexo de aquella persona, aunque le pareció una mujer, vestida con pantalones. La mujer llevaba en la mano derecha un estuche de forma alargada y caminó con paso firme hacia un automóvil situado en una vereda que iba a dar a la carretera.

—¿Cree que nos atacaban? —preguntó Constance, todavía aprensiva.

—No, pero alguien estaba haciendo prácticas de tiro, con un total desprecio para la vida de los demás. Ahora va a tomar su coche; vamos a ver si alcanzamos a ese sujeto.

Constance asintió. Escasamente dos minutos más tarde, Constance atravesaba su coche en la carretera. Otro automóvil frenó bruscamente, para evitar la colisión, apenas treinta segundo más

tarde.

CAPÍTULO III

La mujer que conducía el segundo automóvil se apeó, con signos evidentes de cólera en un rostro a medias oculto por unas grandes gafas de color. Hunter también salió del coche. Constance presenciaba la escena muy interesada, aunque también algo temerosa.

—¡Apártense de ahí! —exclamó la mujer—. He estado a punto de romperme la cabeza...

—Usted ha estado a punto de rompérmola a nosotros, con su maldito rifle —contestó Hunter desabridamente—. Al menos media docena de balas han ido a parar a una propiedad ajena, donde había dos personas conversando pacíficamente. Si no me cree, puedo enseñarle los impactos.

La mujer se quedó atónita. De pronto, se quitó las gafas.

—Lo siento, señor Hunter —se disculpó—. No pude imaginarme...

—¡Señorita Black! —exclamó el arquitecto—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Me siento verdaderamente consternada... Nunca pude imaginar que hubiese gente en las inmediaciones —dijo Ada.

—En la ciudad hay una o dos sociedades de tiro, con campos de entrenamiento muy buenos —indicó Hunter con cierta severidad.

—Por ahora, prefiero entrenarme a mi aire. Repito que lo siento muchísimo. No sé cómo disculparme...

—El lugar dónde estábamos queda más alto que su zona de entrenamientos —dijo Hunter—. Las balas también iban altas.

Ada sonrió muy levemente.

—Estaba haciendo prácticas con botes vacíos —explicó.

—Ah, un bote al aire y...

—Sí, justamente.

—Pero sólo hemos oído el silbido y el ruido del impacto, no la

detonación producida por el disparo.

—La distancia era excesiva. O tal vez el viento soplaba en contra —respondió Ada—. Y ahora, por favor, ¿puedo continuar...?

—Es probable que, en esa propiedad se hagan obras dentro de poco. Téngalo en cuenta para lo sucesivo, señorita Black.

Ada inclinó ligeramente la cabeza.

—No lo olvidaré, señor Hunter —respondió.

Miró a Constance unos segundos, sonrió de nuevo con aquella expresión tan peculiar y luego regresó a su coche. Hunter volvió junto a Constance, quien hizo arrancar su automóvil de inmediato.

—Parece que conoce a esa mujer, señor Hunter —observó la muchacha.

—Me la presentaron hace algunos días. Suele acudir también al gimnasio de mi amigo Phil Lanney, para mantenerse en forma. Por lo visto, es también aficionada al tiro.

Constance lanzó una mirada a través del retrovisor. El coche de Ada se había quedado muy rezagado.

—Ella tiene un tipo precioso, pero ya no es una jovencita —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—Se ha hecho cirugía estética en la cara, para suprimir arrugas —declaró Constance tajantemente—. He visto unas cuantas mujeres en esas condiciones y su sonrisa es siempre peculiar, forzada, artificiosa... —Meneó la cabeza—. Me parece que yo no recurriré a ese extremo cuando me llegue la hora de las arrugas. No quiero que digan que me pongo una máscara, calcada del rostro que tenía a los veinte años.

—Es un punto de vista —sonrió Hunter.

—¿No lo aprueba?

—Se lo diré dentro de cuarenta años, que es cuando empezarán a salir arrugas en su cara.

Constance lanzó una alegre carcajada.

—Esperemos esos cuarenta años —respondió.

El hombre se disponía a entrar en su casa, cuando alguien llamó su atención con un leve siseo.

—Eh, Tipp...

Bradon volvió la cabeza. A pocos pasos de distancia, una mujer pintarrajeada le hacía señas con la mano.

—Anda, lárgate, golfa —rezongó Bradon.

—¿No quieres venir conmigo? —dijo ella, a la vez que se subía la falda incitantemente.

Los ojos de Bradon se animaron un tanto al ver el gesto femenino. Pero lo que había más arriba de la rodilla no eran solamente los pequeños tirantes de un portaligas.

De pronto, Bradon vio encarada hacia sí una pistola. Antes de que pudiera decir nada, sintió un vivísimo dolor en la garganta.

Cayó, sin saber exactamente lo que le había pasado. La mujer se le acercó, mirándole con frialdad.

—¿No me recuerdas, Tipp?

Bradon quiso pronunciar un nombre, pero no sabía que tenía perforada la garganta por un certero disparo. La mujer sonrió de una manera extraña.

—Sí, soy yo —dijo.

La pistola se puso vertical, dada la posición de Bradon. Brilló un pequeño fogonazo y se oyó un ligero ruido. En la frente de Bradon apareció un negruzco orificio.

Al día siguiente, en su correo privado, Richard Farnsyde recibió una carta con el indicativo de **ESTRICTAMENTE PERSONAL**. Antes de abrirla, miró el sobre al trasluz. Allí no se veía nada de particular.

Rasgó el sobre. Una cartulina blanca cayó sobre la mesa. En el centro, con trazos rojos, había una inscripción:

«TIPP BRADON, N.º 1».

Farnsyde frunció el ceño. ¿Qué diablos significaba aquel mensaje?

Todavía no había leído los diarios. Lo que significaba aquella inscripción se le hizo bastante más claro un cuarto de hora después, al terminar la lectura de cierta noticia, en la que se mencionaba el hallazgo de un tal Tipp Bradon, sujeto nada recomendable, el cual había aparecido con una bala en la garganta y otra en la frente.

Farnsyde se sintió muy preocupado.

Conocía a Bradon, por supuesto, pero nadie sabía sus relaciones con aquel individuo, ya que se habían tratado siempre de relaciones por persona interpuesta. ¿Quería decir el mensaje que Bradon era el primero de una lista de personas que habían de ser eliminadas?

—Temo que el otro día no me porté con usted demasiado cortésmente —dijo Ada Black, mientras se ponía una toalla en torno al cuello.

—Aquello ya pasó —sonrió Hunter, sin dejar de darle a los pedales de la bicicleta estática, en el gimnasio de Lanney—. ¿Qué tal van sus ejercicios de tiro, señorita Black?

—Bien, no puedo quejarme. Mi puntería mejora de día en día.

—¿Alcanza ya las latas vacías en el aire?

—Tres de cada cinco.

—Un sesenta por ciento de blancos. No es mala proporción —rió Hunter—. A partir de este momento, me propongo no ser su enemigo, señorita Black.

—Siempre he sido muy aficionada al tiro —dijo Ada—. Señor Hunter, me gustaría hacer algo para conseguir su perdón por lo que sucedió el otro día.

—Bueno, yo ya la he perdonado...

—¿Por qué no viene a cenar esta noche a mi casa?

Hunter respingó.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó Ada.

—Uh, no, simplemente... me ha sorprendido, eso es todo. Iré, con muchísimo gusto. ¿A las siete y media en...?

—Blue Summit Building, departamento

31-C.

—Seré puntual, señorita Black.

—Hasta luego, señor Hunter.

El joven estuvo preguntándose durante mucho rato por qué había aceptado aquella invitación. ¿Era realmente Ada una mujer madura, que conservaba la esbeltez de su cuerpo mediante el constante ejercicio, pero, que, sin embargo, había debido recurrir al cirujano para eliminar las arrugas de su cara?

Todavía se sentía muy perplejo cuando Ada le ofreció el primer *cocktail* como aperitivo.

—Va a construir una residencia de descanso para la señorita Jerbsen —dijo Ada.

—Sí, le he presentado los primeros bocetos y le han agradado muchísimo. Claro está que también el terreno ofrece muchas ventajas —contestó él.

—Lo he visitado. Lástima que no se me ocurriese comprarlo

antes. En tal caso, estaría trabajando para mí y no para ella.

Hunter miró a su interlocutora por encima de la copa que tenía en la mano. Sí, aquella cara había estado bajo las manos de un cirujano plástico. Pero Ada sabía conservar la esbeltez de su cuerpo. Se notaba claramente con aquel ceñido vestido de color rojo fuego, muy cerrado de cuello y mangas y con sólo un discreto escote en la espalda. El departamento en que ella habitaba era moderadamente lujoso; se notaba sin dificultad que estaba decorado en serie.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Pero no debe desanimarse. Hay terrenos libres en las inmediaciones. Consulte con un agente; tal vez obtenga algo interesante.

—Lo haré —prometió Ada—. Y ahora, querría pedirle un favor, señor Hunter.

—Desde luego —accedió él.

—Me gustaría ver los bocetos que ha trazado usted para *miss* Jerbsen. ¿Podrá pedirle permiso para enseñármelos?

—Creo que no habrá inconveniente —sonrió Hunter.

La velada fue muy agradable, aunque completamente correcta. Contra lo que había esperado, Ada no le hizo la menor insinuación ni mostró en sus palabras o ademanes que buscara una aventura. Hunter se retiró, satisfecho por una parte, aunque también algo decepcionado. «¿Será que me falla el atractivo personal?», se preguntó, cuando ya, en su casa, empezaba a desnudarse para meterse en la cama.

Denis Fuller contempló estupefacto a la hermosa mujer que tenía ante sí y a la que no había visto hacía dos años por lo menos.

—Es increíble —dijo.

—He quedado bien, ¿no? —sonrió ella.

Fuller se pasó una mano por la cara.

—Me parece que sueño... Pero ¿qué hay de su voz? ¿Qué hay de su agilidad, Ruth Egan?

—Estoy en plena forma —respondió la joven—. Vamos al escenario, allí se lo demostraré.

Fuller siguió a la joven casi como un sonámbulo. Al llegar al escenario, ella se quitó la blusa y la falda, quedando solamente con una malla de color natural. Por un segundo, Fuller creyó que ella quedaba desnuda, pero pronto pudo apreciar su error.

Ruth hizo unas cuantas acrobacias, que dejaron pasmado al

individuo. Luego se sentó al piano y, acompañándose a sí misma, cantó un par de canciones con una voz que no había perdido en absoluto estilo y dulzura de timbre.

—¡Contratada! —gritó Fuller, apenas hubo terminado Ruth su segunda canción.

—Denis, ¿no tiene miedo de Farnsyde? —preguntó Ruth.

—No nos hará nada, esta vez ya no se atreverá —contestó Fuller secamente—. Y si se atreviera... bueno, yo mismo iría a pegarle cuatro tiros... Ruth, está usted preciosa, más que antes...

Fuller se interrumpió de pronto, consternado.

—Ruth, quiero que sepa que lo lamento infinito —dijo—. Lo que aquellos canallas hicieron con usted...

—La cara ha quedado bien —sonrió ella.

—Pero no le echaron ácido sólo en la cara —recordó Fuller.

Ruth se encogió de hombros.

—Hay postizos —contestó—. ¿Se notan?

Fuller negó con la cabeza.

—Por desgracia, la gente tiene muy mala memoria —rezongó—. Ni siquiera se acuerdan ya de lo que aquellos salvajes le hicieron dos años atrás. Por cierto, Bradon ha muerto.

—Oh, algún ajuste de cuentas —dijo Ruth con indiferencia.

Se puso en pie y empezó a vestirse nuevamente.

—Mañana vendré a ensayar —dijo.

—De acuerdo. Ruth, el mismo sueldo, más el quince por ciento. ¿Le parece bien?

Ella le tendió una mano.

—Hecho, Denis.

Fuller se quedó solo.

—Parece un milagro —murmuró.

Y luego pensó con fruición en el ataque de rabia que le iba a dar a su competidor, cuando anunciase en los carteles nuevamente la actuación de Ruth Egan, la cantante acróbata.

CAPÍTULO IV

—Me han pedido los bocetos —dijo Hunter.

Constance le miró sorprendida.

—¿Quién? —preguntó.

—La mujer que nos tiroteó. Me la encontré hace días en el gimnasio. Los dos acudimos allí, aunque yo voy sólo dos veces por semana. Naturalmente, dije que le consultaría a usted.

Hablaban en el estudio en donde Hunter se había puesto ya a trabajar, tras recibir el «placet» de la joven sobre los bocetos trazados en una semana de intensa labor. El estudio era alquilado, pero no carecía de las comodidades necesarias para trabajar a gusto.

Hunter había puesto a calentar la cafetera, apenas recibió la visita de su cliente. Llenó dos tazas y ofreció una a la muchacha.

—Bueno, no tengo inconveniente en que se los enseñe —dijo Constance—. Supongo que ella tiene el suficiente gusto para no pedir una casa igual, caso de que decidiera la construcción.

—Es que yo no haría otra casa igual. Mejor dicho, no la haré. En cierto modo, soy un artista. Los artistas no se pueden repetir.

—De lo contrario, caen en la rutina.

—Exactamente. Además, existe eso que se llama respeto al cliente. Casi se podría decir que usted posee la patente de su casa. Claro que es sólo una fórmula; no puede impedir que otro la copie... pero el que encarga una residencia, suele tener gustos propios, por mucho que le agrade lo ajeno.

—Eso es verdad. A mí me horrorizaría vivir en una casa que fuese un calco de la construida para otra persona.

—Por fortuna, no será así y usted disfrutará de una obra mejor o peor concebida, pero, en todo caso, absolutamente original.

Constance sonrió hechiceramente.

—He tenido suerte al contratarle a usted —dijo.

—Usted me sobreestima —sonrió Hunter—. Pero, dígame,

¿quién le habló de mí?

—Usted mismo. Su propia fama, señor Hunter. Y Phil Lanney.

El joven hizo un gesto de duda. Pero no quiso seguir haciendo preguntas a su bella interlocutora. Sin embargo, había algo que le intrigaba sobremanera.

¿Qué era Constance? ¿De dónde procedía la inmensa fortuna que, sin duda alguna poseía?

El apellido Jerbsen era enteramente nuevo para él. No correspondía a ninguno de los personales de importancia de la ciudad. Entonces, ¿de dónde había salido ella?

Lo mejor era dejar de pensar en el tema.

—¿Más café? —sugirió.

—No, gracias, ya he tomado bastante. —Constance abrió el bolso—. Ah, lo olvidaba. Aquí tiene un anticipo para los primeros gastos. ¿Se encargará usted del contratista y demás?

—Pienso en uno que es honrado y meticuloso en su labor —respondió él. De pronto, leyó la cifra escrita en el sobre y respingó —: ¡Señorita Jerbsen!

—¿Qué le ocurre? ¿Sucedé algo?

—No, pero esta cifra...

—¿Le parece poco?

Hunter dobló el cheque y lo guardó.

—Casi ha pagado la casa por anticipado —dijo.

Constance se echó a reír.

—Aún no he acabado de gastar, pero no se preocupe —respondió—. Quiero hacerle una sugerencia, señor Hunter.

—Acepto encantado —contestó él rápidamente.

—¿Sin saber de qué se trata?

—¡A ciegas!

—Está bien. Invíteme a cenar en algún sitio agradable.

Hunter sonrió.

—Pasaré a buscarla a las siete —prometió—. No le digo dónde voy a llevarla, para que así sea mayor la sorpresa.

—De acuerdo.

Constance abandonó el estudio. Ada Black llamó minutos más tarde. Hunter dijo que ya había conseguido permiso para enseñarle los bocetos, pero que tendría todo el día ocupado.

—¿Mañana, a mediodía? —propuso Ada.

—Encantado.

Lou Ehling abrió la puerta del piso y encendió la luz. Apenas lo había hecho, sintió que un brazo, delgado, pero con gran potencia muscular, le rodeaba el cuello, impidiéndole respirar y mucho menos emitir ningún sonido.

Algo penetró profundamente en su pecho. Ehling sintió una cosa fría que le llegaba hasta el fondo de las entrañas. Entonces, oyó una voz junto a su oído izquierdo.

—¿No te acuerdas de mí? Me echaste ácido a la cara y al pecho, Ehling.

El rufián se estremeció. Quiso decir algo, pero no consiguió sino emitir un sordo gorgoteo.

El puñal entró y salió varias veces más. En el último golpe, el arma homicida quedó clavada en la carne. Ehling no lo notaba; ya había perdido el conocimiento de una forma definitiva.

Al día siguiente, Farnsyde recibió un mensaje idéntico al anterior, salvo con las diferencias pertinentes al caso:

«LOU EHLING, N.º 2».

Farnsyde lanzó una obscena exclamación. Alargó la mano hacia el teléfono para llamar a Zorini, pero se contuvo. Había cosas que debían ser tratadas en la más estricta intimidad, sin posibles testigos comprometedores.

La noticia de la muerte de Ehling, apuñalado, le preocupó grandemente. Pero hubo otra noticia que le sorprendió y no precisamente de forma agradable. Al enterarse, horas más tarde, empezó a jurar hasta quedarse sin aliento.

Ruth Egan actuaría dentro de muy poco en el local de Fuller, no sólo su más encarnizado competidor, sino también un hombre con empuje, poco dado a la rutina, lo que le había hecho progresar grandemente. Farnsyde no podía soportar la idea de que Ruth se hubiera salido con la suya, aun al cabo de dos años, y empezó a pensar en la mejor solución para amargarle la vida a su rival.

Hunter y Constance habían estado en el terreno de la muchacha, donde ya el primer equipo de trabajadores había iniciado las tareas

de desbrozar y limpiar el suelo en los lugares señalados. Constance manejaba su coche, pero, de pronto, al pasar junto a cierto lugar, lanzó una exclamación:

—¡Ruth Egan! Me gustaría saludarla.

Hunter arqueó las cejas.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

Constance paró el coche y señaló el edificio, en cuyo frontis, con enormes caracteres, se leía el nombre que acababa de mencionar.

—Hace algunos años, nos hicimos muy buenas amigas en el colegio. Ruth tiene cuatro o cinco años más que yo, lo que no fue obstáculo para que entablásemos una gran amistad. Ella se hizo cantante, le gustaba mucho y tenía una bonita voz...

—Pero ahora no estará —adujo Hunter.

Constance consultó su reloj.

—Probaremos —dijo—. Tal vez esté ensayando. ¿Le importa acompañarme, Derek?

—Oh, en absoluto, será un placer —accedió el joven.

Momentos después, entraban en el edificio por la puerta de artistas. Un conserje de cara melancólica les indicó el camino para llegar al escenario, en donde, aseguró, ensayaba Ruth Egan sus números en aquellos momentos.

Desde las bambalinas, Hunter vio a la cantante encaramada en lo alto de un trapecio, interpretando una canción, con la ayuda de una pequeña orquesta. De pronto, Ruth se dejó caer del trapecio, tocó el suelo y dio cuatro volteretas de magistral ejecución. Luego se suspendió de unas anillas, hizo unos cuantos ejercicios rapidísimos y continuó cantando en la tapa del piano de cola, a la que llegó después de tres espectaculares saltos. La tapa y las patas, pensó Hunter, debían de estar convenientemente reforzadas para soportar el impacto de los pies femeninos.

Al cabo de un rato, la artista dio por terminado el ensayo. Constance agitó una mano.

—¡Ruth! —llamó alegremente.

La cantante se volvió.

—Hola, Ruth, soy Constance Jerbsen. He visto tu nombre ahí fuera y se me ocurrió entrar a saludarte... ¿Sabes que estás guapísima?

—Gracias, Constance —contestó Ruth con cierta frialdad—. Tú

también estás muy bonita.

—Éste es Derek Hunter, arquitecto. Me está construyendo una casa en Highnoon Hill...

—Encantada, señor Hunter.

—Ha sido un placer —aseguró el arquitecto—. Nunca había visto nada semejante, señorita Egan.

—Mil gracias. Constance, me dispensas, ¿verdad? Tengo que cambiarme...

Ruth se alejó. Constance pareció sentirse perpleja.

—¡Qué raro! —dijo—. Con lo amigas que éramos... ¿No se ha dado cuenta de lo fría que ha estado conmigo?

—Constance, los años no pasan en balde, aunque sean sólo cuatro o cinco. Yo también tuve buenos amigos en la Universidad y más tarde, al encontrarnos, aquella cierta intimidación, aquella camaradería, había desaparecido por completo en muchos casos. No se lo reproche y piense en que las cosas ya no vuelven a ser nunca como fueron.

—Sí, eso debe de ser —suspiró Constance melancólicamente.

Al día siguiente, Hunter llevó los bocetos a Ada Black. La mujer los examinó con gran atención. Hunter se dio cuenta de que su trabajo le había gustado muchísimo.

—Quizá le encargue yo una residencia cuando haya terminado con la de Constance Jerbsen —dijo Ada más tarde—. Y ahora, si no tiene inconveniente, me agradecería que me acompañase para ver un terreno donde, quizá, podría edificar mi casa.

—No hay objeción —sonrió Hunter.

Una hora más tarde, se hallaban en las inmediaciones del lugar donde Constance iba a edificar su residencia. Los obreros trabajaban a pleno rendimiento. Hunter habló unos minutos con el contratista y luego se marchó con Ada al punto elegido.

Estaba a cosa de un kilómetro y, aunque menos bonito, tenía también sus atractivos. La extensión era mucho menor, pero Hunter aseguró que podía edificarse una bonita casa.

—Todo depende del presupuesto —dijo.

—Por lo que estoy viendo, mi casa será mucho más modesta —sonrió Ada—. Mañana le citaré una cifra máxima, de modo que así podrá hacer usted sus cálculos.

—De acuerdo, pero le diré una cosa: empleo buenos materiales y

soy muy exigente en todo. Eso siempre encarece la construcción.

—A la larga, resulta barato, porque es duradero.

De pronto, Hunter vio algo que llamó su atención. Se inclinó y recogió una lata vacía, en la que se divisaban dos agujeros de una forma peculiar.

Miró a su bella acompañante.

—¿Usted?

Ada sonreía extrañamente. Abrió el bolso y sacó una pistola de largo cañón, al que acopló un silenciador.

—Vamos, tire el bote —exclamó.

Hunter obedeció. Tuvo mayor sonoridad el impacto de la bala contra el recipiente que el mismo disparo.

Ada sonreía satisfecha.

—¿Qué le parece? —preguntó, mientras volvía la pistola al bolso.

—Aterradoramente fascinante —dijo él—. Pero ¿por qué silenciador?

—En medio de todo, esta zona está algo poblada. No quiero llamar la atención cuando vengo a entrenarme —explicó ella.

—No deja de ser una excelente precaución —aprobó Hunter.

Cuando regresó a su casa, después de separarse de la intrigadora Ada, recibió una llamada telefónica.

Era Constance.

—Ruth me ha llamado —dijo—. Se ha disculpado por su actitud del otro día. Dice que estaba un poco preocupada por la inminencia de su debut y me rogó la perdonase. Ruth quiere que vaya a verla el primer día de su actuación. He reservado ya una mesa para dos.

—Estupendo, Constance. Ya me contará...

La muchacha lanzó una alegre carcajada.

—Derek, ¿es que no quiere acompañarme?

—Oh... Claro, Constance, con mucho gusto.

—Pasado mañana, a las siete y media.

—Seré puntual —prometió él.

Si Farnsyde aparecía furioso, Zorini se sentía desconcertado.

—No acabo de comprender quién ha eliminado a dos de mis mejores ayudantes —dijo Zorini.

—Está claro. ¿No fueron ellos los que «quemaron» a Ruth?

—Sí, pero... Es que han muerto de forma muy distinta; uno a

balazos y el otro acuchillado.

—Ella es fuerte y ágil. Habrá querido desquitarse, sin duda.

—Pero no es tonta. Si hubiera querido vengarse, habría empezado por la cabeza —dijo Zorini significativamente.

Farnsyde hizo una mueca.

—Tal vez se trate de algún competidor... Pero Fuller no es de esa clase de tipos. No comprendo quién diablos eliminó a esos dos tipos.

—Ya lo averiguaré, jefe. Tengo a mis mejores hombres sobre la pista y pronto conseguiremos algo. Mientras tanto, ¿qué me dice de Ruth Egan?

—Canta otra vez... Tengo entendido que su cara ésta como nueva.

—Pero lo otro, no —rió Zorini—. La dejaron plana como una tabla... y había que verla cuando estaba «completa».

—De todos modos, no quiero que Fuller se salga con la suya. Hemos de darle un buen escarmiento. ¿Qué me sugieres, Joe?

Zorini hizo un gesto con la mano.

—Déjelo de mi cuenta —contestó.

CAPÍTULO V

El hombre miró a derecha e izquierda, vio que no había nadie en las inmediaciones y se metió en el edificio. En aquellos momentos, la entrada de artistas estaba desierta.

Cal Johns se dirigió directamente al escenario. Levantó la tapa del piano de cola y, con la ayuda de unos alicates, empezó a cortar las cuerdas. Casi la mitad quedaron partidas en dos.

Luego subió a los telares, atrajo hacia sí uno de los trapecios y empezó a cortar las cuerdas que sostenían la barra transversal. Cuando estaba más enfrascado en la tarea, sintió algo frío en la base del cuello, junto a la oreja derecha.

—Métete la navaja en el bolsillo —dijo alguien.

Johns se quedó helado de pavor.

—Obedece —dijo la voz, en un tono que no admitía réplica.

La navaja volvió a su sitio. A continuación, la mujer dio una nueva orden:

—Camina hacia tu derecha. Vamos a la escalera.

El sujeto se sentía lleno de pánico. El contacto del cañón de la pistola contra su nuca era continuo.

Había una escalera que conducía a los puntos más altos del escenario. Al final, se veía una trampilla que daba al tejado. Estaba allí con objeto de permitir la salida de operarios para alguna eventual reparación.

En el tejado había una especie de corredor liso, que facilitaba el recorrido. Johns y la mujer salieron fuera.

De repente, ella alzó el pie derecho y lo disparó con todas sus fuerzas. Johns gritó de pánico.

Resbaló por el tejado hasta el borde. En el último instante, desesperadamente, intentó agarrarse al borde, pero su velocidad era muy grande y no lo consiguió. Instantes después, se oyó un sordo choque.

La mujer desapareció. Una hora más tarde, cuando ya amanecía, un vigilante nocturno que recorría el exterior del edificio se encontró con un cuerpo humano tendido en el suelo.

Aquella misma mañana, Farnsyde recibió el tercer mensaje:

«CAL JOHNS, N.º 3».

Farnsyde no sabía nada aún, pero presintió que algo había ocurrido. Zorini se lo confirmó telefónicamente minutos más tarde.

La gente aplaudió a rabiar. Constance estaba maravillada. Hunter no se quedaba atrás en los aplausos.

Detrás de ellos sonaron unas risitas burlonas. Había unos cuantos tipos, al parecer, un tanto bebidos, que hicieron varios comentarios atroces sobre la cantante. Uno de ellos, en especial, dijo algo terrible.

Hunter se volvió furioso hacia el sujeto. Pero antes de que pudiera protestar, intervino otra persona:

—¡Si yo fuese la cantante, usted no se atrevería a decir esa salvajada!

Hunter se quedó pasmado. Elegantemente vestida, Ada Black se hallaba parada en pie, ante la mesa ocupada por los supuestos borrachos.

El provocador se puso en pie.

—Señora...

—Es usted un cerdo asqueroso —dijo Ada.

—Oiga, no tengo ganas de líos...

Ada le asestó una ligera bofetada. Más tarde, Hunter adivinó que no era sino una hábil provocación. El hombre retrocedió y luego, sin el menor sentido de la medida, cargó contra la mujer.

Ada sonrió. De súbito, el hombre se encontró volando por los aires. Cayó pesadamente sobre la mesa, que se hizo astillas, y quedó atontado en el suelo, incapaz de reaccionar, rodeado por sus asombrados compinches.

En una mesa no lejana, Zorini contemplaba estupefacto la escena. El provocador intentó levantarse, pero Ada le golpeó en la mandíbula con la puntera de su zapato, dejándole sin sentido.

El *maître* acudió, con algunos camareros. Fuller también hizo

acto de presencia. Reconoció a uno de los alborotadores y puso cara hosca.

—Largo de aquí, Maltby —ordenó.

Pete Maltby se marchó, con los otros dos, quienes sostenían el cuerpo semiinconsciente del provocador. Hunter se acercó a Ada.

—¿Quiere sentarse con nosotros? —invitó.

Ada sonrió ligeramente.

—Será un placer —dijo.

La tranquilidad se había restablecido casi en el acto. Los camareros retiraban los restos de la mesa y de las botellas y copas rotas. Zorini, junto con otro de sus compinches, permanecía impasible, sin hacer notar su presencia en absoluto.

Hunter ayudó a sentarse a Ada. Constance se sentía admirada.

—Usted me da envidia, señorita Black —confesó.

Ada sonrió.

—No es nada difícil, cuando se tiene práctica y se está bien entrenada —contestó—. Me irritaron los insultos tan procaces que esos sujetos dirigían a Ruth Egan... Pero llámeme Ada, por favor, Constance.

—Sí, claro. ¿Conoce usted a Ruth Egan, Ada?

—Un poco. Es una excelente artista y ahora empieza a recobrase, después de la tragedia que padeció hace dos años.

—¿Qué sucedió? —preguntó Constance, llena de curiosidad.

—Ella quería dejar a Farnsyde, para el que trabajaba. Fuller, el dueño de este local, le pagaba mucho mejor. A Farnsyde le supo mal y envió a dos de sus rufianes. Le quemaron con ácido la cara y el pecho. Constance, ¿conoce usted el significado de la palabra mastectomía?

La muchacha se puso rígida. Hunter abrió la boca.

—Oh, no, no... —dijo Constance—. Lo que dice usted es demasiado horrible, Ada.

La mujer sonrió, a la vez que se llevaba una copa a los labios.

—Mastectomía doble —puntualizó.

Hunter dijo algo entre dientes. Constance se tapó la cara con las manos un instante.

—¡Pero ahora no se le nota! —exclamó, de pronto.

Ada volvió a sonreír con aquella expresión suya, tan tirante.

—¿Es que no ha oído hablar nunca de la cirugía plástica y de los

postizos para el pecho?

Constance movió la cabeza repetidas veces. Luego miró hacia el escenario, donde Ruth se disponía a actuar de nuevo.

—Pobre chica —murmuró—. Será desgraciada el resto de sus días.

—Es muy fuerte y ha sabido sobreponerse —aseguró Ada.

Hunter apuró su copa de un trago.

—Salvajes —gruñó.

—No le quepa la menor duda, Derek —dijo Ada.

En el escenario, Ruth cantaba ahora en lo alto de un trapecio, sujeta solamente con los pies y con la cabeza hacia abajo. Cuando ya terminaba la melodía, hizo un rapidísimo volteo, entre dos compases, cayó al suelo de pie, rebotó, dio una fantástica voltereta y aterrizó en el piano, justo a tiempo de entonar la última estrofa de la canción. El público aplaudió entusiásticamente. Entre los bastidores del pequeño escenario, Fuller se rompía las manos aplaudiendo a la que era la máxima atracción de su sala de fiestas.

Al día siguiente, mientras desayunaba, Hunter leyó en el periódico un comentario acerca de tres muertes violentas sucedidas en el transcurso de pocos días. El comentarista decía que aquellos hechos hubieran podido tomarse como el resultado de una guerra entre pandillas, a no ser por la curiosa casualidad de que en la ciudad no había más que una sola pandilla. El periodista, para evitarse compromisos legales, no daba nombres, cosa que, por otra parte, tampoco lamentó Hunter demasiado.

Cuando Maltby entró en su departamento, sintió en el acto una fuerte contracción en el estómago. Sentada en una butaca, había una mujer enteramente vestida de negro, apuntándole con una pistola provista de silenciador.

—Ca... caramba, qué sorpresa —dijo Maltby, con fingido buen humor—. Ésta es una clase de recibimiento que no me habían hecho nunca...

—Primera y última vez, Pete —dijo ella, con voz glacial.

—Oiga, usted está de broma...

—No bromeo —dijo la mujer, detrás de las grandes gafas coloreadas que formaban como una especie de máscara—. Recuerda a Bradon, Ehling y Johns. Ellos te precedieron; tú les seguirás esta misma noche.

—Espere, espere un momento —dijo Maltby, verdaderamente aterrorizado—. Hablemos como personas...

—¿Actuabas tú ayer como una persona cuando insultaste tan procazmente a Ruth Egan?

Maltby comprendió instantáneamente.

—Usted es...

—Sí —confirmó ella, impasible.

—Oiga, yo sé lo que le pasó a usted, pero le juro que no tuve nada que ver con aquello. Ehling y Bradon eran un par de salvajes...

—Pete, júrame que no lo hubieras hecho si te lo hubieran ordenado. ¿O es que ayer no te dieron órdenes de estropear el espectáculo?

Maltby se mordió los labios.

—Yo... me gustaría hacer...

—Es tarde para arrepentimientos —dijo ella.

Y apretó el gatillo.

Un sordo quejido se escapó de los labios de Maltby. Cayó arrodillado, con las manos sobre el estómago, mirando a la mujer con inenarrable expresión de sufrimiento.

—Por favor...

Pero ella, impertérrita, hizo fuego una vez más. Maltby sintió como un martillazo en la frente, y en el acto, todo se hizo negro para él.

La mujer se puso en pie y guardó la pistola en el bolso, que pendía de su hombro por medio de una correa. Luego, con paso mesurado, se dirigió hacia la puerta.

Apagó la luz. Abrió. No había nadie en el corredor. Sabía que sucedería así, por lo que, sin prisas, descendió a la calle y echó a andar a lo largo de la acera.

Un borracho pasó por su lado y le dijo una grosería. Ella continuó su camino sin responder siquiera.

Por la mañana. Farnsyde recibió una carta. Dentro había una cartulina, con una inscripción hecha en gruesos caracteres de color rojo:

«PETE MALTBY, NÚMERO 4».

Farnsyde estrujó la tarjeta con sus manos, ebrio de cólera. Más tarde llamó a Zorini.

—Hemos de reunirnos urgentemente —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Zorini.

—¿Dicen algo los periódicos acerca de Maltby?

—No, que yo sepa... ¿Le ha pasado algo?

—He recibido una tarjeta igual que las anteriores, con su nombre y el número cuatro.

Zorini se quedó sin aliento unos momentos.

—Hay que hacer algo —dijo al cabo.

—¿Para qué crees que te he llamado? —contestó Farnsyde, áridamente.

Llamaron a la puerta. Maldiciendo entre dientes, Hunter abandonó el tablero de dibujo, sobre el que trataba de resolver un intrincado problema de cargas, y cruzó la estancia para abrir. Al otro lado de la puerta divisó a Ada Black.

—¡Señorita Black! —exclamó, sorprendido.

Ella sonrió.

—Ada, se lo ruego —dijo—. ¿Puedo pasar, Derek?

—Claro.

Hunter cerró la puerta. Con un suspiro mental, pensó que la solución del problema quedaba para más tarde.

—Calentaré café —dijo.

—No se moleste —cortó Ada—. No tengo ganas de tomar nada a estas horas. Solamente vine a hacerle una consulta.

—Está bien; al menos, me aceptará un cigarrillo.

—Desde luego.

El estudio era amplio y estaba bien decorado. Ada tomó asiento en un diván y cruzó las piernas, enfundadas en seda color humo.

—La consulta se refiere a los bocetos sobre mi residencia —dijo Ada.

Hunter emitió una sonrisita de conejo.

—Lo siento muchísimo; todavía no he trazado una sola línea —se disculpó—. Le diré las causas: estoy enfrascado de lleno con la residencia de Constance Jerbsen...

—Oh, comprendo.

—Pero en cuanto lo tenga todo en marcha, de una forma que la cosa vaya, diciéndolo vulgarmente, sobre carriles, empezaré con lo

suyo.

—Me da usted una buena noticia. Constance estará contenta. Es una muchacha encantadora, créame.

—¿La conocía usted?

—Oh, no —respondió Ada—. Pero salta a la vista... Usted es soltero, me parece.

—Sí, en efecto.

—Y tiene una profesión muy atractiva. Las mujeres se le disputarán, sin duda.

—Usted bromea, Ada.

—Hablo absolutamente en serio, Derek.

Ada se puso en pie y se alisó la falda con ambas manos. Hunter la contempló extrañado. ¿Cuáles eran los propósitos de aquella hermosa mujer? ¿Buscaba una aventura o era sincera?

Ella se había situado muy cerca de Hunter y le miraba con fijeza. Hunter se sentía incómodo, porque no sabía qué actitud tomar. Ciertamente, Ada era muy bella y ejercía sobre él una fuerte atracción, pero no quería que le tomase por un conquistador.

Ada rompió de pronto el hechizo con una pregunta inesperada:

—¿Le atraen los crímenes, Derek?

Hunter respingó.

—¿El qué?

Había un diario sobre una silla. En primera plana, con gruesos titulares, se anunciaba la muerte de un tal Pete Maltby.

—Me refería a ese periódico, Derek —dijo Ada.

Hunter sonrió.

—Simple curiosidad. La de cualquier lector —contestó.

—Ese Maltby, ¿lo recuerda usted? Es el tipo a quién tuve que dar una lección noches atrás.

—Ah, sí, es verdad, lo había olvidado.

—Pertenece al *gang* de Farnsyde. Usted también tuvo algo que ver con Farnsyde, ¿no es cierto?

Hunter hizo una mueca.

—Creyó que sería un pelele —contestó.

—Usted no será nunca un pelele de nadie —aseguró ella—. Resulta agradable conocer a personas que tienen criterio propio y que no se dejan avasallar por nadie, cuando están en posesión de la razón. Está bien, Derek, no quiero seguir molestandole. Vendré otro

momento para ver qué noticias me da usted.

—Cuando guste, Ada.

Al quedarse solo, Hunter, lleno de perplejidad, se preguntó cómo diablos sabía Ada su antigua relación con Farnsyde. Pero, de pronto, recordó su problema y volvió al tablero de dibujo, enfrascándose por completo en el trabajo.

CAPÍTULO VI

Hunter sonrió para sí al contemplar el solar vallado, en cuyo interior se divisaba la estructura de un par de plantas del edificio que no había podido ser construido. Detuvo el coche, saltó a la acera y entró en el local situado casi frente al Farnsyde Residential.

Sentado junto a un ventanal, encendió un cigarrillo. Una camarera vino y le dijo que ya pediría algo cuando llegase la persona a la cual estaba aguardando. Seguía contemplando el FR. En cualquier momento, podría reanudarse su construcción. De una cosa estaba seguro: los cimientos estaban hechos a conciencia.

De pronto, captó la sombra de una persona junto a la mesa.

—Se divierte contemplando el resultado de su obra, ¿eh?

Hunter alzó la cabeza. Delante de él estaba el propio Farnsyde, acompañado de un tipo delgado, de pelo negro y nariz picuda, quien le miraba con menos simpatía aún que Farnsyde.

—Ese edificio estaría ya terminado, si usted hubiese empleado un cemento decente —contestó, fríamente.

—Me ha costado millones...

—No sea embustero. El solar le costó cuatro centavos. Mis honorarios fueron ridículamente bajos y, además, no los cobré por completo. Usted recibió por adelantado, al menos, la mitad del importe de muchos departamentos que la gente compró y que no han podido ocupar ni saben cuándo ocuparán. En todo caso, y le hago un favor, si no ha ganado dinero, no lo ha perdido. Pero usted no es hombre que pierda jamás.

—Tan insolente como siempre —dijo Farnsyde—. Se ve que no aprovecha las lecciones de la experiencia.

—¿La que querían darme aquellos dos esbirros?

Zorini enrojeció. Sentía la derrota de Bradon y Ehling como cosa propia. Aún se acordaba del regreso de los dos tipos, desmoralizados, abatidos y llenos de dolores por los golpes

recibidos. El hecho de que hubieran muerto dos años más tarde, no variaba la situación.

—Tal vez un día vayan otros menos torpes —amenazó.

Hunter le miró despectivamente.

—Si no estuviéramos en un local público, le iba a volver del revés como un guante —dijo—. ¿Por qué no se largan de una vez? Contaminan la atmósfera.

Farnsyde enrojeció como una langosta al escuchar aquella frase hiriente.

—Ha hecho mal en regresar, Hunter. Tendrá noticias mías —amenazó.

—Si son como las que me trajeron aquellos dos cerdos, vaya contratando a un traumatólogo —contestó el joven, sin inmutarse.

Los dos hombres se marcharon. Aquella noche, Zorini llamó a su amigo el médico y le preguntó por el significado de la palabra traumatólogo.

—Huesos —contestó el consultado, lacónicamente.

Apenas se habían marchado los dos hombres, se acercó Constance.

—Le vi hablando con esos dos individuos y no quise estorbar.

Hunter sonrió, hechizado.

—Usted no estorba nunca —aseguró—. ¿Qué le apetece?

—Martini —contestó ella.

Constance y Hunter permanecieron un rato charlando en el local. Luego salieron para dirigirse al campo con el fin de inspeccionar las obras.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que había un coche que les seguía discretamente. Duke Pyle y Lamont Beundi vieron de lejos a la pareja, recorriendo la propiedad, en donde ya se notaban las obras, en las que se apreciaba un considerable progreso.

Pyle y Beundi regresaron mucho antes que la pareja. Por la noche, Zorini ya tenía un informe completo de las relaciones que unían a Constance y al arquitecto.

Hunter y Constance cenaron juntos. Hunter se sentía intrigado por ciertos aspectos personales de la muchacha. ¿De dónde salía? ¿Cómo había conseguido el dinero que, según las apariencias, manejaba con tanta prodigalidad?

Sin embargo, Constance se mostraba muy reticente en lo que se

refería a sí misma. Hunter trató de sondearla, pero todos sus esfuerzos se estrellaron ante un muro que, si parecía flexible, resultaba intraspasable. Cuando se separaron, no sabía de ella mucho más que por la mañana, excepto que le gustaba cada vez más.

Cuando llegó a casa, pisaba como sobre nubes. Abrió la puerta, encendió la luz, y en el mismo instante, estallaron los fusibles.

Al menos, eso le pareció, porque se hizo la oscuridad instantáneamente. Ni siquiera supo que le habían golpeado en la cabeza.

Pyle y Beundi se echaron a reír.

—Ha sido más fácil de lo que creíamos —dijo el primero.

—Sencillísimo —convino Beundi—. ¿Por dónde empezamos?

Pyle hizo un gesto de indiferencia.

—Un brazo. El derecho, por ejemplo.

—Está bien. Levántalo.

Pyle agarró al inconsciente joven por debajo de los sobacos y lo puso en pie. Beundi cogió su brazo derecho.

Entonces sonó una voz:

—Caballeros, si no sueltan inmediatamente al señor Hunter, me veré obligada a disparar.

Beundi y Pyle se volvieron en el acto, enormemente asombrados por la irrupción de una mujer en el departamento. Delante de ellos, estaba la desconocida, apuntándoles con una pistola provista de silenciador.

—Llévenlo al diván —ordenó ella.

Pyle obedeció. Beundi tenía las manos a la altura de los hombros.

—Salgan —ordenó ella—. Váyanse antes de que los mate.

Durante un segundo, los rufianes vacilaron. Beundi pensó, de repente, en cuatro compinches que habían pasado a mejor vida, sin que nadie hubiese encontrado todavía al autor de las muertes.

¿Era aquella mujer vestida de negro y enmascarada con grandes gafas de color?

—¡Fuera!

Los pistoleros se marcharon. Ada cerró la puerta, se quitó las gafas y se acercó al diván.

Hunter se quejaba débilmente. Ella lo atendió, hasta que le vio

recobrar el conocimiento. Cuando esto sucedió, le dio una taza de café y un par de tabletas de analgésico.

Pasaron unos minutos todavía, antes de que Hunter recobrara la plena consciencia de sus actos. Entonces se asombró de ver a Ada en su casa.

—Pero ¿qué hace aquí?

—Si le dijera que aguardo el autobús, no me creería, ¿verdad? ¿Qué se nota detrás de la cabeza?

Hunter puso la mano en el lugar indicado.

—He recibido un golpe...

Ella recogió su bolso y volvió a ponerse las gafas.

—Tenga cuidado la próxima vez. A Farnsyde le cuesta mucho olvidar ciertos fracasos —dijo enigmáticamente.

Hunter se quedó solo antes de que pudiera reaccionar. Aún no sabía muy bien qué le había pasado ni menos podía imaginarse la forma en que Ada había aparecido tan misteriosamente, pero al mismo tiempo con tanta oportunidad.

Al día siguiente, lo comentó con Constance.

—Pero ¿es posible que Farnsyde tenga aún resentimientos contra usted por lo que sucedió hace dos años? —se asombró la muchacha.

—Farnsyde es un mal bicho —respondió Hunter, a la vez que se palpaba la nuca, en la que no había desaparecido aún la hinchazón del golpe—. Recuerde que nos vimos en aquella cafetería y el intercambio de frases no fue precisamente un modelo de cortesía.

—Debería avisar a la policía.

Hunter hizo un gesto negativo.

—¿Para qué? —dijo—. No puedo apoyarme en pruebas y, además, en el mejor de los casos, si detuvieran a los dos rufianes que me atacaron, los soltarían antes de las veinticuatro horas. Y no podríamos relacionar a Farnsyde con ese ataque, que sería lo realmente interesante. Dejémoslo, Constance.

—Hay algo que me extraña. ¿Cómo intervino Ada Black tan oportunamente?

—Lo ignoro en absoluto. Yo entré en casa, sentí un golpe y perdí el sentido por completo. Cuando me desperté, Ada estaba allí atendiéndome. Sólo me advirtió que a Farnsyde le cuesta mucho olvidar ciertos fracasos y se marchó, eso es todo.

—Farnsyde es un hombre verdaderamente repulsivo. Cada vez

que me acuerdo de lo que le hicieron a la pobre Ruth... Y todo porque no quería seguir con él.

—Sí, justamente. De todos modos, Farnsyde tiene más motivos que yo para estar preocupado.

—¿Por qué, Derek?

—Han muerto cuatro rufianes. Dos a tiros, uno acuchillado y otro que se cayó de un tejado. Todos estaban relacionados con Farnsyde, aunque lo haya negado públicamente.

—Diríase que alguien trata de ajustar cuentas con su pandilla.

—Y con él. Pero nadie sabe hasta ahora ni se tiene la menor idea de la identidad del autor de esas muertes. De todos modos, no es cosa de nuestra incumbencia. Constance, ¿tiene algo que hacer ahora?

—No, en absoluto.

—Bien, vámonos a inspeccionar las obras. ¿Le parece?

—Encantada.

Esta vez fueron seguidos por otros dos sujetos, enviados especialmente por Zorini: Whitey Lanz y Rossiter Smith. Cuando a la tarde dieron su informe a Zorini, éste empezó a madurar una idea en su mente, para tomarse un pequeño desquite en el arquitecto.

CAPÍTULO VII

Farnsyde aprobó la idea de Zorini.

—Está bien —dijo—. Pero ¿será hora ya?

—Sí, las obras han avanzado bastante —contestó Zorini.

—De acuerdo, que lo hagan cuando te parezca bien. ¿Qué dicen los muchachos, Joe?

—Están un poco disgustados.

Farnsyde rió agriamente.

—¿Sólo un poco? —dijo—. Yo creí que estarían ardiendo en deseos de liquidar a ese misterioso sujeto que ha quitado de en medio a cuatro de los nuestros.

—Hombre, sí, algo hay de eso, pero como no tienen la menor idea...

—A mí, en cambio, se me ha ocurrido una —dijo Farnsyde. Zorini le miró con interés.

—Ruth Egan —murmuró Farnsyde.

—¡Qué! —Zorini casi saltó en su asiento—. Ésa...

—¿Por qué no, Joe?

—Hombre, a mí me parece que...

—Ella tiene ganas de desquitarse. ¿O no?

—No estoy en su pellejo, jefe.

Farnsyde soltó una risita.

—Eres un hombre y no una mujer. Si fueses una mujer, entonces sí que la frase quedaría muy apropiada —dijo.

Zorini emitió un gruñido.

—La verdad es que aquellos dos se pasaron de la raya —rezongó—. Yo sólo les dije que la cara...

—Entonces, ¿por qué también los pechos?

—Ehling había mariposeado en torno a Ruth. Ella le rechazó siempre. Seguramente lo hizo por desquitarse.

—Entonces, le estuvo bien, si es que fue Ruth quien lo liquidó.

Pero no quiero que siga con su afán de... de liquidación. Hay que vigilarla con toda discreción, sin que se entere y sin molestarla en absoluto. ¿Entendido?

—De acuerdo. ¿Qué hay del asunto del arquitecto?

—Cuando quieras, Joe.

Los dos hombres se separaron. Al día siguiente, Zorini llamó a Lanz y a Smith y les explicó su plan.

—¿Cuándo? —preguntó Lanz, escuetamente.

—El domingo. No trabaja nadie y la cosa será más fácil.

—De acuerdo.

El viernes por la mañana, Constance usó el teléfono para llamar a Hunter.

—El tiempo es estupendo —dijo la muchacha—. Tengo ganas de hacer una excursión al campo: ya sabe, cesta con merienda, traje de baño y demás...

—La idea es magnífica, pero ¿adónde vamos?

—Hombre, ¿no recuerda que yo sé un sitio ideal para bañarnos y merendar?

—Hay muchos estorbos —alegó él.

—Pero también sobra sitio. No vamos a situarnos al pie de la obra. La cascada queda a cincuenta metros más abajo.

—De acuerdo, pero tendrá que ser el domingo.

—¿Por qué?

—Estoy haciendo los bocetos para la residencia de Ada. Me gustaría enseñárselos el lunes.

—Oh, de acuerdo pues, el domingo, Derek. Por cierto, tengo que hacerle una pregunta.

—¿Sí, Constance?

—¿Todo bien?

Hunter comprendió en el acto el sentido de la pregunta.

—Ya no se han producido más conflictos —respondió.

—Me alegro infinito, Derek. ¿Vendrá a buscarme a las diez?

—Seré puntual.

Hunter cumplió su palabra. Ella apareció en la puerta de la calle con una cestita y una bolsa de lona de vivos colores. Hunter colocó todo en el asiento posterior del coche y, acto seguido, emprendieron la marcha.

Constance aparecía encantadora, con una blusita sin mangas y

pantalones muy cortos. Su pelo estaba rodeado por un pañuelo de vivos colores, lo que le confería una apariencia realmente atractiva. Cuando arrancaban, Hunter divisó en la acera a un viejo conocido, que les miró con sorpresa.

Hunter agitó la mano en señal de saludo. Su amigo correspondió al gesto con un ademán análogo.

—¿Quién es? —preguntó Constance.

—Harry Stone, diseñador y decorador de interiores. Hicimos juntos algún proyecto, pero nos separamos cuando yo me marché de la ciudad —contestó él.

Siguieron su camino. Casi una hora más tarde, cuando ya estaban a unos doscientos metros de la posesión, un coche surgió de repente en la próxima curva. Iba a toda velocidad y Hunter se vio muy apurado para evitar la colisión.

—¡Bestias! —gritó, y no añadió alguna palabrota más, clásica de todo conductor en una situación semejante, por respeto a la muchacha.

—Corrían como locos —dijo Constance.

Hunter frunció el ceño.

—Sí, pero ¿por qué venían precisamente de su propiedad? —exclamó.

De pronto, acometido por un irresistible presentimiento, paró el coche. Estaban a menos de cien metros de los límites y saltó al suelo en el acto, volviéndose para intentar ver al otro vehículo.

—Está allí —dijo Constance, señalando a una loma situada a quinientos metros de distancia.

El automóvil se había detenido en la parte de la curva que contorneaba la ladera de la eminencia. Dos hombres se habían apeado y miraban hacia ellos.

—Esos tipos no me gustan nada —dijo Hunter—. Apostaría algo a que no han venido aquí por nada bueno.

Todavía estaba hablando cuando, de súbito, resonó una espantosa detonación.

Un colosal chorro de humo, tierra, piedras y fragmentos de la casa, subió a las alturas. Hunter agarró a la muchacha y se la llevó corriendo al otro lado del coche, cubriéndola con su propio cuerpo.

Algunas piedras cayeron en las inmediaciones. Una se estrelló contra la tapa del motor, en la que causó una regular abolladura.

Pero la caída de escombros cesó a los pocos instantes.

El humo y el polvo se disiparon. Cuando Constance vio los resultados de la explosión, casi se echó a llorar.

Hunter tenía las mandíbulas contraídas. Aquella voladura, torpe, pero efficacísima, era obra de Farnsyde. Los dinamiteros habían empleado una enorme cantidad de explosivo, a fin de no perder tiempo barrenando, lo que les habría ahorrado, al menos, la mitad de la dinamita. Pero a Hunter le daba igual, su obra había saltado por los aires, poco menos que pulverizada, y esto era lo que realmente le importaba.

De repente, sonó un disparo.

La bala se estrelló en el suelo, a poca distancia de los pies de la pareja. Hunter se volvió y divisó a los dos individuos, a menos de cien metros, apuntándoles con sus pistolas.

—¡Corra, Constance!

La muchacha no se lo hizo repetir. Hunter corrió una veintena de metros y, de repente, al ver una zanja cubierta de maleza, se tiró al fondo. Más disparos habían sonado durante su carrera, aunque las balas silbaron altas o desviadas, lo que le dijo que realmente aquellos sujetos no temían intenciones de matarlos.

Se asomó entre la hojarasca. Los pistoleros llegaban en aquel momento al coche.

—Les hemos hecho correr a gusto —rió Lanz.

Hunter sintió una terrible cólera. El ataque de los pistoleros no había tenido otro objeto que alejarles de su coche, para poder deshincharles las ruedas a tiros y evitar así una persecución nada beneficiosa para ellos.

Su mano derecha se crispó de pronto sobre un pedrusco tan grande como el puño. De repente, se puso en pie.

La piedra partió con ímpetu tremendo. Smith recibió el impacto en el omoplato izquierdo y salió disparado contra el coche, aturdido por el dolor.

Lanz se volvió. Un hombre corría furiosamente hacia él. Le apuntó con la pistola, pero en el momento en que partía el disparo, Hunter hizo un quiebro y la bala se perdió estérilmente.

Un segundo después, Hunter se lanzaba hacia adelante, como si se tirase a una piscina. Su cabeza chocó contra el pecho de Lanz, que salió catapultado hacia atrás. Lanz chocó contra el automóvil y

perdió el sentido instantáneamente.

Smith se levantaba en aquel momento, agarrándose el hombro izquierdo con la mano derecha. Hunter cayó sobre él y empezó a golpearle con ambos puños.

El pistolero chilló. Constance, a treinta pasos, contemplaba la escena, con una especie de morbosa fascinación, que le impedía mirar a otra parte. Al fin, Smith, con la cara tumefacta y llena de sangre, cayó al suelo completamente sin sentido.

Lanz empezaba a levantarse, sin saber muy bien lo que había pasado. Hunter miró a derecha e izquierda. De pronto, divisó una rama seca y la cogió sin vacilar. La rama sirvió de garrote, que Hunter empleó con toda liberalidad. Constance tuvo que reír a su pesar, cuando vio que el pistolero corría desolado, implacablemente perseguido por aquella estaca que se movía incesantemente sobre sus costillas.

Al fin, Lanz cayó al suelo, gimiendo, completamente abatido, a la vez que suplicaba clemencia.

Con el garrote en alto, Hunter hizo una pregunta:

—¿Quién os ha ordenado volar la obra?

—Zorini...

—¿Es amigo de Farnsyde?

Era una pregunta tonta, porque los había visto juntos. Hunter quería corroborar solamente sus sospechas.

—Creo... que sí...

El garrote se movió, una vez más, y alcanzó el cráneo de Lanz, quien perdió el sentido instantáneamente. Jadeante, con el pelo revuelto y la respiración alterada, Hunter volvió junto al coche, que tenía las cuatro ruedas en el suelo.

—¡Constance! —llamó.

La joven acudió a la carrera.

—Derek, es usted un tornado —dijo, con ojos muy brillantes—. Nunca se me hubiera ocurrido que fuese capaz de semejante locura. Ellos estaban armados y usted...

Hunter se pasó una mano por la cara.

—Sí, he debido volverme loco, porque de otro modo, ni yo mismo comprendería lo que he hecho —admitió—. Pero ver mi obra reducida a polvo fue algo que...

Constance puso una mano en su brazo.

—No ha sucedido nada que sea irreparable —dijo, suavemente—. Usted reconstruirá todo y edificará la residencia tal como la proyectó. Tengo plena confianza que así será, Derek.

Hunter miró a la muchacha y sonrió.

—Es usted maravillosa —contestó—. Bien —añadió, tras un suspiro—, esos tipos nos han estropeado la excursión. No tenemos coche...

—¿Quién le ha dicho que no tenemos coche? —rió Constance—. Ellos no vinieron a pie, precisamente; y en lugar de quedarnos aquí, podemos buscar otro lugar —miró a los dos hombres caídos y añadió jovialmente—: ¡A ellos sí que se les ha estropeado el domingo!

Hunter asintió y fue al coche, del que extrajo la cesta y el bolso de la muchacha. No quiso decirle nada a Constance, pero en su interior se propuso hacer una visita a Farnsyde. Y no sería una visita de simple cortesía.

El lunes por la mañana, a una hora adecuada, Hunter fue a casa de Ada y le presentó los bocetos.

—Me gustan —dijo ella.

—Lo celebro. De todos modos, vamos a tener que soportar un pequeño retraso. No por culpa mía, naturalmente.

Ada le dirigió una penetrante mirada.

—He oído noticias por la radio —dijo—. Han sido voladas las obras de construcción de una residencia particular.

—Sí. Por segundos no nos pilló a nosotros de lleno.

—¿Cómo? ¿Estaba usted...?

Hunter narró lo sucedió. Ada se quedó muy preocupada.

—Ese salvaje —murmuró, cuando él hubo terminado de hablar—. ¿Seguro que fue cosa de Farnsyde?

—El tipo a quien se lo pregunté mencionó el nombre de Zorini. Pero tengo entendido que se entiende con Farnsyde.

—Sí, es su brazo derecho para esta clase de negocios —confirmó Ada.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Hunter, sorprendido.

Ada movió la mano displicentemente.

—No se preocupe —respondió—, y no se preocupe por la fecha de comienzo de las obras. Por nada del mundo querría yo que incumpliese sus compromisos.

—Me alegra oírle hablar así, Ada. Y ahora, si me lo permite...

—¿Cómo? ¿Se marcha ya tan pronto? ¿Sin tomar siquiera una taza de café? Aguarde un momento, hombre —pidió ella.

Hunter encendió un cigarrillo. Ada se alejó. Iba vestida con una simple bata afelpada, muy corta y descalza. A los pocos momentos, regresó con una bandeja en las manos.

Charlaron un buen rato. Luego, Hunter se puso en pie para despedirse. Ella también se incorporó.

Estaban muy juntos. Hunter se sentía extrañamente atraído por aquella hermosa mujer, no obstante aquella expresión un tanto estática de su rostro. De pronto, alargó los brazos y la atrajo hacia sí.

Ada no protestó por el momento. Hunter se inclinó hacia ella. De repente, la bata se abrió un poco y dejó el hombro izquierdo al descubierto.

Ella lanzó un grito y se separó con violencia, cubriéndose la carne con rapidez.

—Derek, por favor, no lo repita —dijo, terriblemente alterada.

Hunter se sentía desconcertado.

—Lo siento.

Ada se había vuelto de espaldas.

—Yo lo lamento —dijo, con voz sorda—. Derek, no vuelva a conturbarme... Usted... me agrada muchísimo, pero... una vez sufrí una gravísima decepción y me prometí a mí misma no reincidir... Trate de comprenderme, se lo ruego.

—Ada, no sé qué decirle. Me dejé llevar... Usted es muy hermosa...

—¡Váyase, váyase! —gritó ella—. Constance sí es bella, es una mujer... en toda la extensión de la palabra. Yo... Por favor, déjeme sola.

Hunter abandonó el departamento, sumido en un desconcierto total. Tenía la sensación de que Ada le había provocado, para rechazarle luego. Era algo que no le agradaba, no sólo porque estimaba falsa la actitud de la mujer, sino porque no había sabido vencerse a sí mismo.

—No me sucederá más —se prometió firmemente.

CAPÍTULO VIII

Duke Pyle detuvo el coche no lejos del local de Fuller, en un lugar discreto, en la oscuridad, y se apeó para buscar una cabina telefónica.

—Ya estoy aquí —dijo a los pocos momentos.

—Vigila la entrada —ordenó Zorini.

—Yo creí que...

—Tú, la entrada, eso es todo.

—Muy bien.

Pyle colgó el teléfono. A veces, Zorini se volvía demasiado exigente. Si de él dependiera, las cosas ya estarían resueltas, pensó despectivamente, mientras regresaba al automóvil.

Sentóse tras el volante y encendió un cigarrillo. De pronto, notó que una mano le quitaba el sombrero y le agarraba por los cabellos a continuación.

—Eh, qué...

El cigarrillo se desprendió de sus labios y cayó sobre el faldón delantero de la chaqueta, pero Pyle no hizo nada por recobrarlo. Algo puntiagudo se apoyaba en su garganta.

—Duke, ¿recuerdas a los otros? —dijo la voz—. Bradon, Ehling, Johns y Maltby. Ya están en el infierno. ¿Los recuerdas?

—¿Qui... quién es usted? —sollozó Pyle, lleno de pánico.

—Ruth Egan.

—Pero... Ruth está allí adentro...

Sonó una risa burlona, de tonos siniestros.

—¿Qué importa dónde esté Ruth ahora? Lo que verdaderamente importa es dónde vas a estar tú dentro de unos segundos. ¡En el infierno, Duke!

El puñal se hundió profundamente en el pecho del pistolero. Pyle sufrió una terrible convulsión, pero la mano que le agarraba por el pelo lo sujetó firmemente hasta que dejó de moverse.

El cigarrillo encendido siguió ardiendo y prendió fuego a la tela del traje. Algunos minutos más tarde, alguien vio salir humo del coche, se acercó y contempló una horrible escena.

Ya se veían algunas llamitas, procedentes de la combustión de la tela. El fuego emitía el suficiente resplandor para permitir la visión del puñal clavado en el pecho del conductor hasta la empuñadura.

Una sirena se oyó a los pocos momentos. Llegaron coches de la policía y uno de los bomberos. También vino una ambulancia.

Zorini llegó justo cuando mayor era el jaleo. Se acercó a curiosear y pudo ver el cuerpo inerte de su subordinado, cuando lo trasladaban en una camilla a la ambulancia.

Los pelos se le pusieron de punta. En aquel instante, pensó que Farnsyde recibiría al día siguiente un mensaje con el nombre de Pyle y una cifra: 5.

Así sucedió. En la conversación que siguió, Zorini hizo promesas de que haría todo lo posible por encontrar al autor de las muertes.

Por un momento, pensó en Ruth Egan. La artista tal vez quería vengarse de quienes habían mutilado tan horriblemente uno de los mayores atractivos de su femineidad; pero si era así, ¿por qué no había atacado directamente a Farnsyde?

Farnsyde recibió una visita aquella misma tarde, después de que la secretaria le hubo anunciado que se retiraba, una vez terminada su jornada de trabajo. Farnsyde maldijo entre dientes. Tenía que ajustar algo en sus libros de cuentas secretas y el visitante venía a interrumpirle el trabajo.

—Usted y yo no tenemos que hablar nada —dijo momentos después.

—Se equivoca —contestó Hunter, fríamente—. Aquí le traigo una factura. Léala, compruebe si la suma es correcta y extiéndame un cheque por el importe señalado como suma total.

Un tanto desconcertado, Farnsyde hizo lo que le decían. Al cabo de unos momentos, se puso en pie de un salto.

—¡Está loco! —barbotó—. Veintidós mil dólares... ¿De qué, pedazo de tonto?

—Sus hombres volaron una casa en construcción. Esos veintidós mil dólares es lo que se ha gastado mi cliente hasta el momento. Pague y no discuta más.

Farnsyde se cruzó de brazos.

—No pagaré —dijo.

Hunter se echó a reír.

—Le aconsejo que pague. Por su propio bien, Farnsyde.

—¿Me amenaza?

—Saque su talonario y escriba un cheque.

Hubo un momento de silencio.

—Aunque le diera un cheque —dijo Farnsyde al cabo—, mañana mismo podría cancelario antes de su cobro.

—Cometería un error terrible.

Farnsyde meneó la cabeza repetidas veces a derecha e izquierda.

—No me asusta su postura de bravucón —se burló.

—Está bien, usted lo ha querido.

De pronto, Farnsyde echó mano a uno de los cajones de su mesa, donde tenía una pequeña pistola. Antes de que pudiera sacar el arma, una mano golpeó con dureza su bulbosa nariz.

Un chillido de dolor brotó de sus labios en el acto. El codo derecho del visitante le golpeó en la mandíbula, echándole hacia atrás en el sillón.

Todavía sentado, sintió que otro puño se le clavaba en el estómago. Farnsyde emitió un atroz ronquido. Manoteó desesperadamente, pero algo que parecía un martillo golpeó su nariz por segunda vez.

—Basta, basta —gimió, loco por el dolor. Ni siquiera sentía ya rabia; su único deseo era evitar que el implacable visitante continuara pegándole.

Hunter se detuvo con el puño en alto.

—¿Firmará el cheque? —preguntó.

Farnsyde asintió, jadeante, sin ánimos para hablar. Hunter le agarró por los hombros y lo arrojó al sillón.

—Vamos, empiece —dijo, a la vez que colocaba delante del sujeto la nota que había redactado previamente con el importe de los daños sufridos.

Farnsyde firmó el cheque.

—No se le ocurra cancelarlo —aconsejó Hunter—. Usted se protegería con algunos de los gorilas de Zorini, pero tarde o temprano acabaría por pillarlo a solas. Entonces, téngalo por seguro, le reduciría a papilla. ¿No le han contado los dos tipos que volaron la obra lo que les pasó?

Aquella noche, Hunter se reunió para cenar con Constance. La muchacha le vio muy contento y le preguntó por los motivos de su júbilo.

Hunter le enseñó el cheque.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó—. Tengo la sensación de que Farnsyde es sujeto que no admitiría jamás haber tenido nada que ver con lo que ha ocurrido.

—Bueno, si uno va a lo bestia... Pero cuando empecé a hablarle y apelé a sus buenos sentimientos, a su hombría de bien, a su alto sentido de la calidad y del civismo; cuando le dije que por culpa de unos desaprensivos, una pobre huérfana iba a tener que dormir al raso, o, a lo sumo, bajo una tienda de campaña... Tendría que haberle visto cómo lloraba. Como que fui corriendo a cambiarme a casa la chaqueta, porque se apoyó en mi hombro y me la puso perdida de lágrimas...

Constance miró chispeante a su interlocutor.

—Un cuento precioso —dijo—. Pero ésa no es la verdad, Derek.

—El cheque está ahí. Y usted no va a perder nada —contestó él.

La muchacha dobló el cheque, lo guardó en su bolso y después apoyó los codos en la mesa.

—Me hubiera gustado ver la entrevista, aunque me imagino que, en tal caso, habría tenido que asistir vestida de blanco, con una cruz encarnada en la cofia y una bolsa de primeros auxilios. ¿Tendrá que recurrir a la cirugía estética?

—Él no es Ruth Egan —contestó Hunter, muy serio—. Le di una buena tunda, pero no necesitará un médico. Ni siquiera una enfermera.

—Tratará de desquitarse.

—Peor para él, si lo intenta.

Constance hizo un gesto con la cabeza.

—En fin... ¿Ha leído los diarios de la tarde? —preguntó.

—No. ¿Algo nuevo?

—Hay un periodista que comenta las muertes ocurridas en los últimos tiempos. Según él, todos los asesinados son hampones que, de un modo u otro, han tenido que ver con un tipo que anduvo, o anda todavía, en negocios, con un prominente individuo de la ciudad, al que hace poco fracasó en un asunto de inmobiliaria. ¿No le dice eso nada, Derek?

—Zorini y Farnsyde.

—Sí, lo mismo he pensado yo. Pero ¿quién puede tener interés en liquidar a todos esos tipos?

El puño de Farnsyde golpeó la mesa con fuerza.

—¿Quién diablos tiene interés en liquidar a los muchachos? —bramó.

Zorini parecía muy ocupado en cortar con su navaja automática la punta de un habano.

—En un principio, yo había pensado en Ruth Egan —contestó—. Parece comprensivo que ella se vengase de los dos que la quemaron, pero el caso es que después han muerto otros tres.

—El último ha sido Maltby —gruñó Farnsyde.

—Sí, yo le había ordenado que vigilase la entrada principal del local de Fuller y allí se quedó. Pero Ruth no fue.

—¿Seguro?

—Estaba cantando y yo a media docena de pasos del escenario, cuando murió Maltby. Beundi vigilaba la puerta de artistas y no hay otra salida, de modo que no pudo hacerlo en alguno de los descansos. Ninguna mujer salió en el tiempo que empleó el asesino para liquidar a Maltby.

—Ruth es muy fuerte y muy ágil —dijo Farnsyde.

—Lo sé, pero al menos en este caso, no fue ella.

—¿Tendrá algún cómplice? ¿Por qué no lo averiguas?

—Haré que la sigan. Sin embargo, ¿quién querría arriesgarse por ella?

Farnsyde hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé —respondió—. Ocupate de este asunto. Empieza ya a ponerme nervioso.

—Más nerviosos están los chicos —dijo Zorini—. Cinco han muerto y no se sabe aún quién lo ha hecho. ¿Ha leído los periódicos de la tarde?

Un sordo gruñido brotó de los labios de Farnsyde, todavía tumefactos por los golpes recibidos.

—A ese condenado periodista habría que darle...

—No se meta con la Prensa o será peor, mil veces peor —aconsejó Zorini—. Deje que digan todo lo que se les antoje. Y no se preocupe; ya se me había ocurrido a mí la idea de vigilar a Ruth y tengo un hombre siguiéndola constantemente.

—Avísame en cuanto sepas algo, Joe.

—Descuide.

Ruth Egan abandonó el lugar donde trabajaba poco después de las dos de la madrugada. Un coche siguió discretamente al suyo. Beundi fue detrás de la cantante, hasta que la vio entrar en la casa donde tenía un piso alquilado.

Esperó en el coche algunos minutos. No tardó mucho en ver que se encendían un par de ventanas. La silueta de una mujer joven que se despojaba de su vestido se hizo visible a través de las cortinas de fino tejido.

—Un bonito espectáculo, ¿verdad?

—Sí, de veras. —Beundi respingó, después de haber empezado a dar una respuesta maquinal—. ¿Quién diablos es usted?

—Pregúntate mejor cuál es tu número. El seis. ¿Lo sabías?

Beundi se estremeció de pánico.

—Oiga, no...

Algo que parecía un hierro al rojo vivo entró por su espalda. Las manos de Beundi se crisparon sobre el volante.

Otro hierro ardiente quemó su carne. Beundi roncó horriblemente.

Al cabo de unos segundos, cayó de lado sobre el asiento. Nadie vio a la oscura silueta que se apeaba del coche y se perdía por una cercana calle transversal. Una patrulla nocturna encontró el cadáver muy casi cuando amanecía.

Farnsyde recibió aquel día una nueva tarjeta, que le puso los pelos de punta:

«LAMONT BEUNDI, NUMERO 6».

—Es curioso —comentó Lanney.

—¿Qué encuentras curioso? —preguntó Hunter, dándole a los pedales de la bicicleta estática.

El profesor de gimnasia se acercó a su amigo.

—Han matado a otro hampón. Ya van seis en muy pocas semanas —dijo—. A este paso, los rufianes y demás gentes de mal vivir van a tener que emigrar de la ciudad.

—No estaría mal —sonó de pronto la voz de Ada Black.

Los dos hombres se volvieron hacia la recién llegada.

—Hola, Ada —sonrió Hunter.

—¿Cómo está, señorita Black? —saludó Lanney.

—Perdonen que haya intervenido en su conversación —sonrió Ada—, pero no pude evitar escuchar los comentarios que hacían. ¿Es cierto que han asesinado a otro hampón?

Lanney golpeó el periódico con la yema del índice derecho.

—Aquí lo dice, señorita —contestó.

—Algún justiciero, que se ha hartado de ver que la policía y las leyes resultan impotentes para contener el crimen organizado —dijo Ada—. Derek, ¿cómo van las cosas por Highnoon Hill?

—Bueno, están desescombrando el terreno. Cuando lo tengamos completamente limpio, inspeccionaré los cimientos. El daño principal fue para la estructura superior. Simplemente hay que volver a empezar.

—Lo siento muchísimo. Dígaselo así también a Constance.

—Se lo diré. Y yo siento que por culpa de unos desalmados, lo suyo tenga que retrasarse.

—No tiene importancia. Con su permiso, voy a cambiarme de ropa.

Ada se marchó. Hunter y Lanney quedaron solos nuevamente.

—Extraña mujer —comentó el gimnasta.

—Sí, extraña, pero guapa —sonrió Hunter.

—No lo dudo, aunque tengo la impresión de que debe de ser un témpano de hielo. ¿Qué te parece, Derek?

Hunter recordó cierta escena, sucedida días atrás, y meneó la cabeza dubitativamente. La impresión que había obtenido de Ada era que no tenía nada de glacial, aunque sí la cabeza muy bien puesta sobre los hombros, puesto que había sabido resistir la tentación. Claro que le había costado violentarse muchísimo a sí misma, pero ello no alteraba la situación en modo alguno.

—Puede —contestó alegremente—. De todos modos, yo no voy a intentar fundir ese témpano. Por cierto, Phil, me gustaría hacerte una pregunta.

—Sí, Derek.

—¿Qué hace Ada?

Lanney se encogió de hombros.

—Sé de ella tanto como tú y un detalle más —contestó.

—¿Cuál es el detalle?

—Paga puntual. El resto de su persona y circunstancias me resultan tan desconocidas como a ti.

Hunter frunció el ceño.

—Una gimnasta excepcional, una magnífica tiradora.

—¿Cómo? —exclamó Lanney.

—Phil, yo la he visto disparar. ¿Crees que hay muchas personas capaces de agujerear una lata vacía al vuelo?

—Hombre, no; eso es difícilísimo... Derek, no iras a decirme que ella...

—Sí, Phil, Ada agujerea a tiros las latas vacías lanzadas al aire

—confirmó Hunter, empezándose a preguntar por primera vez, para qué quería una mujer tan bella poseer semejante puntería.

CAPÍTULO IX

Whitey Lanz y Rossiter Smith conservaban todavía las huellas de los golpes recibidos días antes, cuando fueron a visitar a Zorini.

—Nos vamos —dijo el primero.

—Aquí soplan malos vientos —añadió Smith.

—Pero ¿qué diablos os pasa? ¿Estáis locos? —barbotó Zorini.

—No somos los únicos. Chick Olney, Hutt Rogers y tres o cuatro más también se largan.

Zorini saltó en su asiento. Aquella retahíla de nombres era prácticamente la totalidad de su banda.

—No lo entiendo. —Zorini se pasó una mano por la cara—. ¿Por qué rayos no habláis claro de una vez?

Lanz sacó del bolsillo un papel y lo puso sobre la mesa. Zorini se caló las antiparras para leer.

La cartulina y el tipo de letra le resultaron familiares casi desde el primer momento. Pero el mensaje esta vez era diferente.

Había una larga lista de nombres, encabezada por el de Bradon, cada uno de los cuales tenía una cifra asignada, a partir del número uno. Lanz y Smith tenían el siete y ocho, respectivamente. Los restantes poseían una numeración correlativa, hasta el catorce.

—Quédeselo, si le sirve de algo. Nosotros volveremos por aquí, cuando haya amainado el temporal —dijo Lanz—. Vámonos, tú.

Zorini se quedó solo, confundido y colérico, más que atemorizado. Se quitó los lentes con un gesto de rabia y permaneció quieto unos momentos, mientras meditaba profundamente.

Paso un buen rato, antes de que llegase a lo que creía una conclusión satisfactoria. Entonces, levantó el teléfono, pero no llegó a marcar ningún número.

Era mejor hablar cara a cara. Al hacerse de noche, estaba en la lujosa residencia particular de Farnsyde.

—El plan está claro: dejarnos sin «personal», lo que nos hará

sentir miedo —dijo—. A decir verdad, el autor de esos mensajes ha conseguido lo primero: ahora estamos solos los dos.

—Pero esos hijos de... —Farnsyde se sentía furiosísimo al conocer la noticia de la deserción en masa—. ¿Todos se han ido, Joe?

Zorini asintió.

—Hasta el gerente del local. Me ha telefoneado su ayudante, quien al parecer no figura en esa lista negra elaborada por alguien cuya identidad no conocemos todavía. Solos, jefe, usted y yo.

—Todavía no ha nacido el hijo de perra que consiga asustarme —masculó Farnsyde—. Pero yo creo que es cosa de Ruth Egan.

—¿Ruth? Permítame que lo dude.

—Presiento que es cosa de ella. Y no hay cosa que me fastidie más que alguien se burle de mí.

—Yo he pensado también en la cantante estos días y se me ha ocurrido una idea, jefe.

—Habla, Joe.

—Ruth no es Ruth... bueno, quiero decir que es alguien que usa su nombre y hasta la imita a la perfección. Pero la cara que le quedó no puede ser rehecha por ningún cirujano plástico.

—¿Qué me dices del pecho, Joe?

Zorini hizo un gesto con la mano.

—Eso es cosa que se arregla fácilmente con un poco de relleno. La cara me preocupa más... y creo que mañana podré tener certeza absoluta de que la artista que trabaja para Fuller no es Ruth.

—¿Cómo lo harás, Joe?

—Déjelo de mi cuenta... Ah, y no se preocupe por las deserciones. Ya he llamado a dos buenos amigos, que no se asustan por nada. Kit *el Infalible*, y Lemmy *Una Bala*. ¿Se da cuenta de lo que significan los apodos?

Farnsyde sonrió.

—El primero, no falla jamás. El segundo no emplea nunca más de una bala —dijo.

—Lo cual, bien mirado, es un excelente método para no fallar nunca —manifestó Zorini, sonriendo perversamente.

La gente aplaudía entusiásticamente. Constance se puso en pie.

—¿Me perdona unos minutos, Derek?

—No faltaría más —dijo Hunter.

Constance y el arquitecto habían ido a presenciar la actuación de Ruth Egan, después de asistir a una velada de teatro. Al quedarse solo, Hunter sacó la pitillera y encendió un cigarrillo.

Mientras, Constance se dirigía a los camerinos. Llamó ante una puerta y la ocupante del camerino dio permiso.

Detrás de un biombo, Ruth se cambiaba de ropa. Reconoció a la visitante y sonrió afectuosamente.

—Hola, Constance —dijo—. Estás guapísima. ¿Cuándo te casas con el arquitecto?

La muchacha se ruborizó ligeramente.

—Sólo somos buenos amigos —contestó—. Ruth, he venido a felicitarte por lo bien que lo haces. Eres maravillosa.

—Gracias. —Ruth salió del biombo, anudándose el cinturón de la bata—. Me gustaría invitarte, pero nunca tengo bebidas en el camerino.

—No te preocupes, querida. Ruth, me gustaría que cenásemos juntas una noche. Tengo ganas de charlar contigo de los viejos tiempos... Bueno, es una frase hecha —rió Constance—. Ya sabes lo que se dice, pero soy sincera.

Ruth hizo un gesto de aprobación.

—El lunes por la noche —dijo—. Ese día no trabajo.

—De acuerdo.

—Constance, hace días me mostré un tanto fría y despegada contigo. No me lo tomes en cuenta; andaba un poco preocupada.

—Eso no tiene importancia, le pasa a cualquiera. Hasta el lunes.

Constance abrió la puerta. Un hombre se apartó para que pudiera pasar. La joven apenas si pudo dominar un gesto de sorpresa al reconocer a Zorini. Éste, por su parte, no le hizo el menor caso, muy ocupado en la espectacular rubia que llevaba al lado.

A Constance le dio muy mala espina la presencia del sujeto en el camerino de Ruth. Estuvo a punto de llamar a Hunter, pero prefirió quedarse en la puerta, que entreabrió disimuladamente para escuchar lo que se decía en el interior.

Ruth puso cara de enojo al ver a dos personas que entraban sin pedir permiso.

—No tengo ganas de...

—Perdona, Ruth —dijo Zorini, con su más amable sonrisa—. Mi

amiga Ketty Ralsh te ha visto actuar y quiere expresarte su admiración. Ketty, vamos, saluda a una gran artista.

La rubia dijo algo con voz chillona. Ruth la miró fríamente.

—¿Cuánto te cuesta a la semana, Joe? —preguntó.

—Oiga, yo...

Ruth no hizo caso de la recién iniciada protesta de la rubia.

—Habla claro de una vez, Joe. ¿A qué has venido?

—A felicitarte, mujer. Lo haces aún mejor que antes.

—Sí, antes de que tus dos asquerosos rufianes me quemaran con ácido. No tienes idea de la alegría que sentí cuando me enteré de que alguien les había enviado al infierno.

—Ruth, yo lo siento muchísimo.

—Basta, Joe, no sigas. Anda y lárgate con esa estúpida que tienes al lado.

—Oiga —gritó Ketty—. A mí no me insulte usted. Si sigue en este plan, le daré una buena lección. ¿Me ha comprendido?

Ruth sonrió despreciativamente.

—¿De dónde has sacado a esta pequeña zorra, Joe? Todo el dinero que le das se lo debe de gastar en potingues para el pelo.

Ketty lanzó un chillido y se arrojó contra Ruth, pero de repente, se encontró dando vueltas sobre sus pies, sin saber cómo había iniciado aquella serie de veloces giros, hasta chocar violentamente con Zorini y caer ambos sobre una silla, que resistió de milagro el doble impacto.

Zorini hizo un esfuerzo y apartó a la rubia a un lado.

—Hay quién asegura que no eres Ruth Egan, sino una doble —dijo, venenosamente.

Ruth volvió a sonreír desdeñosamente. De pronto, se abrió la parte superior de la bata.

—Mira lo que hicieron tus esbirros, Joe —exclamó—. ¿Dudas ahora de que soy Ruth Egan?

Constance se imaginó la escena y sintió que se le ponían los pelos de punta. De pronto, oyó un agudo chillido.

La puerta se abrió bruscamente. Ketty Ralsh salió disparada y se perdió a lo largo del corredor. Casi derribó a un hombre que caminaba en dirección contraria, a quién no vio a causa del horror que la poseía.

Denis Fuller se enderezó, después de haber estado a punto de

caer al suelo. Miró a la rubia y masculló una interjección entre dientes. Casi al mismo tiempo, Zorini salía del camerino.

Constance entró a continuación. Ruth estaba ante el espejo, arreglándose un poco el pelo.

—¿Te han molestado, Ruth? —preguntó con naturalidad.

Fuller entraba en aquel momento. Vio a Constance y se quedó parado en el umbral.

—Dispense, Ruth, no sabía que tuviera visita.

—Entre, Denis —sonrió la cantante—. Constance Jerbsen es muy buena amiga mía. Constance, ¿conoces al señor Fuller?

—¿Cómo está usted? —saludó Constance.

Fuller hizo una inclinación de cabeza.

—Encantado, señorita. Ruth —se dirigió a la artista—, quería decirle algo personal...

—Me iré —dijo Constance.

—¿Es importante? —preguntó Ruth.

—Bueno, se trata de una pequeña crítica... y si la señorita Jerbsen es su amiga, no le importará.

—Vamos, Denis, hable de una vez —le apremió Ruth—. ¿Acaso me va a despedir?

—¡Oh, por Dios! Ni se me ocurriría... La verdad es que esta noche... Bueno, no sé cómo decirlo, pero me ha parecido observar algunos pequeños fallos. El público no lo ha notado, por supuesto, pero el pianista ha corroborado mi opinión. Se ha retrasado usted en algunos compases.

—Tiene razón en reprochármelo, Denis —dijo Ruth, tranquilamente—. Hoy no me sentía muy bien; estaba algo nerviosa y... Le prometo que mañana será todo diferente.

—Si necesita un día o dos de descanso, dígalos sin vacilar, Ruth. No quisiera que usted cayera enferma o algo por el estilo, por exceso de trabajo.

Constance arqueó las cejas. Fuller era un hombre joven todavía y de buena apariencia. ¿Acaso estaba enamorado de Ruth?

La cantante sonrió.

—Me encuentro perfectamente y mañana todo irá como de costumbre —aseguró.

Constance se reunió más tarde con Hunter, a quién relató todo cuanto había visto y oído. Hunter se sintió pasmado cuando ella le

relató la escena sucedida entre Ruth y sus dos poco agradables visitantes.

—De modo que ella le enseñó...

—Sí, y la rubia salió chillando de terror, Derek, ¿se está vengando Ruth de quienes la quemaron tan salvajemente?

Hunter se acarició la mandíbula.

—Murieron los dos que ejecutaron la salvajada, pero luego han muerto cuatro más que no tenían nada que ver con el asunto —dijo.

—Pertenecían al *gang* de Zorini. Y este actúa bajo las órdenes de Farnsyde, recuérdelo.

—Entonces, ¿por qué murieron cuatro, digamos «inocentes», que no lo son, porque harían otras barbaridades, y no Farnsyde y Zorini, que son los auténticamente culpables?

—Eso es lo que no se me alcanza —respondió Constance—. Pero presiento que Ruth se está vengando de lo que le sucedió hace dos años.

—Constance, ¿de veras era Ruth?

—¡Derek! ¿Va a decir que necesito graduarme la vista?

Hunter sonrió al escuchar la protesta de la joven.

—No, por favor. Solamente se me había ocurrido una hipótesis. Pero, claro, es un disparate...

—A ver, hable. A veces, los disparates dan resultado —sonrió Constance.

—Yo pensé que la cantante podía ser una doble de Ruth, pero por lo visto es ella misma.

—¿Una doble, Derek?

—Sí. De este modo, Ruth, bajo otro nombre, ejecuta su venganza y tiene una coartada, ¿comprende?

Constance entornó los ojos.

—Pudiera ser cierto —convino—. Pero en tal caso, ¿quién es y dónde está la doble?

Hunter se quedó pensativo unos momentos. Luego, dijo:

—Mañana haré una intentona, Constance.

—¿Cómo, Derek?

—Aguarde a que la prueba de resultado y se lo diré. Mientras tanto, prefiero callar.

—Por si fracasa.

—Si fracaso, se lo diré igualmente.

—De acuerdo, Derek. —Constance miró su reloj de pulsera—. Es ya un poco tarde —dijo.

Hunter se puso en pie.

—La fiesta ha sido muy agradable —sonrió.

—Sí, pero el final... —suspiró Constance—. Derek, ¿por qué se quejó Fuller de que Ruth no había actuado tan bien como las otras noches?

—Eso es corriente en los artistas, no se preocupe —dijo Hunter, preocupado, a su vez, más que por el éxito de su plan, por la forma de llevarlo a cabo.

CAPÍTULO X

Cuando salía de su estudio, al día siguiente, Hunter se encontró con un conocido, que le saludó efusivamente.

—Hombre, menos mal que hoy viajas a pie y solo —exclamó Harry Stone, el decorador—. ¿Tomamos una copa?

—Bueno —accedió el joven, sonriendo—. ¿Qué tal marchan tus asuntos? —preguntó, minutos más tarde, ambos delante de una barra.

—No puedo quejarme, aunque hay algo de recesión... Oye, ¿tienes decorador para la residencia de Jerbsen?

—De la señorita Jerbsen, querrás decir, Harry.

Stone se encogió de hombros.

—Bueno, tanto da el padre como la hija —manifestó—. ¿Qué me dices sobre lo que te he preguntado, Derek?

—Aguarda un momento —exclamó Hunter—. Antes hágame tú de los Jerbsen, padre e hija. Conozco a la hija, pero no tengo la menor idea de quién pueda ser el padre.

—Bueno, la verdad es que yo no puedo darte grandes detalles. Aunque a grandes rasgos te diré que tiene varias empresas, cada una de las cuales haría morir de envidia, por su volumen, a Farnsyde. También se dedica a la construcción de edificios de toda clase.

—Pero no viven aquí —dijo el joven.

—No. Viven en San Luis. Yo estuve allí el año pasado y preparé un par de proyectos para decoración. Les gustaron mucho, créeme.

—Pero ¿qué diablos hace la hija aquí?

Stone se echó a reír, al tiempo que daba una fuerte palmada en el hombro de su amigo.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? Eres el más indicado para saberlo, ¿no?

—Hablaré con Constance, desde luego —prometió Hunter—.

Bueno, ya te enteraste de la voladura de las obras en Highnoon Hill. Eso retrasará bastante la terminación de la residencia, pero como tengo los planos, iré un día a tu estudio para discutir la decoración interior.

—Bravo, así se portan los amigos. Di a la chica que seré moderado en la factura, aunque a los Jerbsen, mil dólares de más o de menos no es cosa que les quite el sueño.

Hunter hizo un gesto con la cabeza. Sentíase un tanto disgustado. ¿Por qué le había ocultado Constance su verdadera personalidad?

Tendría que preguntárselo a la primera ocasión que se presentase. Así pensaba, cuando poco más tarde apretó el timbre de llamada de un departamento.

Ada Black apareció sin excesiva tardanza, ataviada con una bata japonesa, muy corta, de grandes mangas, y sandalias de tejido afelpado.

—¿Molesto? —sonrió él.

—Oh, por favor, entre —dijo Ada—. Usted no molesta nunca, Derek, sino todo lo contrario.

—Gracias —de pronto, Hunter vio un cigarrillo encendido sobre un cenicero. Ada se apresuró a cogerlo pero Hunter había apreciado ya manchas de carmín en la boquilla del filtro.

Pero Ada no tenía pintada la boca en aquellos momentos. Hunter fingió, sin embargo, no apreciar el detalle.

—¿Quiere café? —preguntó ella.

—Sí, muy bien.

Ada se marchó. Flotaba en el ambiente el olor al humo del cigarrillo, pero también había un perfume que no era de hombre. Aquel cigarrillo no pertenecía a Ada, quien, por otra parte, no fumaba, o, en todo caso, fumaba poquísimo. Hunter se preguntó por la identidad de la misteriosa visitante.

Tal vez estaba aún en la casa, aunque no se atrevía a pasar a las habitaciones interiores, temeroso de sufrir una repulsa que habría motivado una situación violenta. Su única ventaja era que Ada vivía en un sitio relativamente alto y que la incógnita visitante no podría escapar por la ventana de atrás.

Ada volvió minutos más tarde y se sentó frente a él, con las rodillas muy juntas. Su sonrisa era la de siempre, escasamente

perceptible, como la de una persona que no se atrevía a ser franca del todo.

—¿Sabe? Anoche estuvimos Constance y yo en el local de Fuller. Ruth Egan nos gustó mucho la última vez y repetimos —dijo él.

—Sí, es una chica que canta muy bien. Además, su número es altamente original.

—Anoche, por lo visto, no lo hizo bien del todo. Oh, yo no advertí nada; a mí me parece que lo hacía tan bien como de costumbre, pero por lo visto, el dueño del local, que es muy entendido, le reprochó algunos defectos.

—Eso pasa a veces, no se preocupe.

—Sí, ya me imagino. Lo que encuentro difícil es comprender cómo pudo superar el trauma del asalto de que fue objeto hace dos años, con las consecuencias que usted sabe.

Ada le miró fijamente durante un segundo.

—Ruth es una mujer con voluntad de hierro —dijo—. Quería sobrevivir y lo consiguió. Es muy fuerte y no lo digo precisamente en sentido físico.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La ha visto actuar, ¿no? Su trabajo requiere un entrenamiento casi continuo, lo que significa tenacidad y perseverancia. Una persona que posee ese carácter superará las más difíciles pruebas.

—Tal vez, pero yo he oído mencionar a acróbatas que si realizaban sus difíciles ejercicios a la perfección, era porque alguien estaba constantemente encima de ellos, imponiéndoles su voluntad y obligándoles a continuos entrenamientos, para mejorar su número. De no haber sido así, más de un artista se habría abandonado y hubiera desembocado, probablemente, en el más absoluto fracaso.

—Ah, de modo que usted cree que hay alguien que impulsa a Ruth y la fuerza a trabajar de esta manera.

—No, no, yo simplemente he mencionado algunos hechos de los que tengo un cierto conocimiento. En realidad, estábamos hablando del trauma que sufrió.

—Derek, ¿qué persona, por gravemente herida o mutilada que esté, no quiere seguir viviendo, al precio que sea?

—Algunos, en ésas o parecidas condiciones, se han dejado morir. Ada se encogió de hombros.

—En todo caso, Ruth está viva —dijo—. Pero ¿por qué le interesa tanto esa chica?

Hunter se echó a reír.

—Era un comentario, simplemente —respondió—. La verdad es que, estando aquí, quien me tendría que interesar sería otra persona.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

Ada se puso en pie.

—Derek, usted es soltero —dijo.

Hunter se levantó también.

—Sí —contestó.

Y se acercó a ella, pero Ada le puso ambas manos en el pecho.

—Cuidado —avisó—. No soy una mujer fácil... y ya le dije que una vez sufrí un desengaño muy grande.

—Pero ¿no cree que es hora de empezar a olvidar?

Mientras hablaba. Hunter tenía la vista fija en el rostro de Ada. Aquella piel...

—¿Quiere más café? —preguntó ella, mientras se deslizaba a un lado, fuera del alcance de los labios masculinos.

—No, gracias —sonrió Hunter—. Volveré otro día. Tal vez cambie de modo de pensar, Ada.

—Lo dudo mucho.

—El tiempo cura las peores heridas del corazón, no lo olvide.

Hunter salió a la calle. Su coche se hallaba estacionado frente a la casa y subió al vehículo con entera naturalidad. Pero apenas había recorrido cien metros, consideró que estaba fuera de la visibilidad y se apeó en el acto.

Ada no podría verle allí desde su ventana. Pegado a la pared, aunque con actitud enteramente normal, se acercó a la casa, situándose junto al escaparate de una tienda, a diez o doce pasos de la puerta.

Hunter ignoraba que no era el único que vigilaba el edificio. Ricky Ball, alias *el Ratón*, estaba sentado en un coche, situado en la otra acera. Hacía rato ya que estaba apostado en su lugar de vigilancia.

Transcurrió cosa de media hora. De pronto, una joven alta, esbelta, con el rostro cubierto por unas grandes gafas oscuras, salió

de la casa y llamó a un taxi.

El Ratón siguió al taxi. Hunter encendió un cigarrillo. «¿Qué hacía Ruth Egan en casa de Ada?», se preguntó.

La cantante había tratado de disfrazarse, aunque con no demasiado éxito. Podía pasar desapercibida para la gente común, pero no para alguien que vigilase con toda atención.

La cantante se apeó del taxi unos minutos más tarde y entró en el edificio donde había alquilado un apartamento. Ricky Ball la siguió con diferencia de segundos. Vio que entraba en uno de los dos ascensores y se metió velozmente en el otro.

Los ascensores se pararon casi al mismo tiempo. La cantante salió al pasillo. Entonces notó que alguien se le arrojaba encima.

Dos manos agarraron su vestido por la parte alta y lo rasgaron hasta la cintura. Ella gritó. El atacante huyó de inmediato.

Más tarde, la cantante habló con un par de policías, llamados por el conserje, que había oído los gritos. Ella dijo que no quería formular ninguna denuncia, puesto que no había sufrido otros daños que la rotura del vestido. Culpó el ataque a un borracho y no quiso que se hiciera nada para localizarlo y detenerlo.

Más tarde, Ricky Ball se enfrentó con Zorini.

—Tengo una buena noticia para usted —dijo.

—Vamos, suéltalo ya —pidió el otro.

Ball tendió la mano derecha.

—Es una noticia de doscientos pavos —sonrió.

—Te los daré, pero si luego resulta que la cosa no merece la pena, te quitaré el dinero, aunque tenga que volverte del revés.

—La noticia vale la pena —rió el confidente, mientras contaba los billetes—. Usted me envió a vigilar a la cantante. Bien, a mí me pareció que lo que había... bajo la blusa era natural. Lo he comprobado.

Zorini saltó en el asiento.

—¡*Ratón*, para eso no hay cirugía estética! —gritó.

—Justamente —sonrió el individuo—. Lo que vi es... precioso, debido por completo a la madre naturaleza. Lo que significa que esa artista, aunque lleve el nombre, no es Ruth Egan.

Zorini empezó a rascarse una mejilla con el pulgar, sumamente preocupado por la noticia que acababa de recibir.

—Entonces, ¿quién diablos puede ser? —murmuró—. Porque esa

cantante se parece a Ruth Egan como dos gotas de agua.

Ratón se encogió de hombros.

—Ése es ya un problema suyo —contestó.

Zorini no dijo nada, porque estaba aguardando la inminente llegada de dos especialistas que resolverían sin grandes dificultades el grave problema que les había creado aquel desconocido individuo que ya había eliminado a seis miembros de la pandilla y sumido en el terror a todos los demás, haciéndoles huir de la ciudad.

Pero ahora ya conocía la verdad y le resultaría mucho más fácil defenderse.

—El rostro de Ada no es el suyo —dijo Hunter.

Constance le miró inquisitivamente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Ya le dije ayer que tenía un plan. Hoy lo he llevado a la práctica.

—Y ha dado resultado.

—Estuve a menos de un metro de distancia. La máscara es perfecta, no cabe duda, pero pude notar el borde, a ras de la oreja.

—No comprendo... Parece un rostro auténtico.

—Está muy bien hecha y, además, ella pone encima una gran cantidad de maquillaje, ya sabe, cremas, pastas y color. No sólo por la máscara en sí, sino también por el maquillaje, tiene que evitar sonreír abiertamente.

—Muy bien —dijo Constance—. Admitámoslo. Es una máscara, pero ¿por qué, Derek?

—Sencillísimo: ella es Ruth Egan.

Constance saltó en su asiento.

—Derek, no seas fantástico —le reprochó.

—Soy completamente realista —aseguró él—. Usted dijo, en cierta ocasión, que parecía como si Ada llevase puesta una máscara. Acertó, aunque en aquellos momentos hubiera pronunciado solamente una frase corriente.

—No acabo de creerlo por completo.

—Ruth la llamó a usted, para disculparse por haberse mostrado tan fría. Puede parecer lógico, pero después de lo que yo he visto, pienso que alguien le dio instrucciones para que lo hiciera así.

—Explíquese de una vez, por favor, o me volveré loca. No acabo

de comprender...

—Cuando yo llegué a casa de Ada, había un cigarrillo encendido, con manchas de carmín. Ella fuma poquísimo, si es que fuma, pero, además, no tenía los labios pintados. Simuló que era suyo, claro, pero eso me hizo sospechar, y cuando salí me quedé en la calle un buen rato. Al cabo de media hora, vi salir a Ruth Egan, muy disfrazada. ¿No le dice nada esto, Constance?

La muchacha se quedó pensativa durante unos momentos.

—Ruth Egan no es Ruth Egan... Pero, entonces, ¿quién es? Y si Ada es Ruth, ¿cómo ha conseguido la colaboración de otra persona para que no sólo ocupe su puesto como artista, sino para que, en cierto modo, sea cómplice de sus crímenes? —dijo al cabo.

—Eso es lo que tendríamos que averiguar, ¿no le parece?

—¿Tenemos derecho a hacerlo, Derek?

—Creo que sí —contestó Hunter, gravemente—. Ruth fue herida en lo más íntimo, mutilada en una parte muy bella de su cuerpo, sin contar con las quemaduras del rostro. Dejó pasar dos años para curarse del todo, y entonces empezó a ejecutar su venganza. Con la ayuda de una chica que lo hace tan bien como ella, por supuesto.

—Pero los que han muerto son solamente rufianes y pistoleros...

—Constance, Ruth estuvo mucho tiempo en el local de Zorini, que en realidad pertenece a Farnsyde. Tenía que conocer a los tipos que formaban parte de la pandilla; es decir, poseía una información de primera mano, realmente insuperable. En estas condiciones, no le resultó difícil vengarse.

—Insisto en que Farnsyde y Zorini quedan aún con vida —dijo la muchacha.

—Sí, es cierto, pero creo que ella quiere amedrentarles, dejarles sin la protección en que habitualmente se mueven; hacerles sufrir, en suma, sabiendo que tienen miedo, porque a cada día que pasa, piensan que puede llegarles su hora. ¿Es que no lo entiende ahora, Constance?

Ella asintió.

—Sí, creo que ahora lo entiendo —dijo—. Pero ¿no le parecería conveniente que hablásemos con Ada? Deberíamos expresarle nuestros puntos de vista con absoluta franqueza. Ella también corre peligro, Derek.

—Hablar con Ada —murmuró—. ¿Querrá escucharnos? —dudó.

—Al menos tenemos que intentarlo —dijo Constance, con firme acento, a la vez que se ponía en pie.

—Sí, lo intentaremos.

Pero no encontraron a Ada en su casa. Y ambos empezaron a pensar que el desenlace de la tragedia era inminente, aunque a ninguno de los dos se les ocurría pensar cómo evitarlo.

CAPÍTULO XI

—Ésta es la mujer —dijo Zorini, colocando una fotografía sobre la mesa—. Yo les diré dónde vive y el modo mejor de liquidarla. En cuanto lo hayan hecho, lárguense de la ciudad.

Los dos pistoleros, Kit *el Infalible*, y Lemmy *Una Bala*, contemplaron interesadamente la fotografía que les tendía Zorini.

—Bastante guapa —comentó Kit.

—No está mal —dijo Lemmy.

—Quiero tres cosas: rapidez, seguridad y discreción. ¿Está claro? —exclamó Zorini.

—Clarísimo. Déjelo de nuestra cuenta, Joe.

—Eso está hecho.

A Zorini le sangraba el corazón al entregar a los dos pistoleros semejante suma de dinero, pero sabía que eran sujetos que cumplían siempre sus promesas. Eran asesinos profesionales, con una bien ganada fama en el «oficio». Nunca fallaban. Zorini sabía que tenían nervios de acero y que podían salir indemnes de las más apuradas situaciones.

Ellos le sacarían de aquel compromiso. Y cuando la auténtica Ruth hubiese muerto, se las entendería con su doble.

—Pronto tendrá noticias nuestras —dijo Kit.

—Por los periódicos, claro —rió Lemmy.

Al quedarse solo, Zorini sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Los tipos como Kit y Lemmy le daban escalofríos, era algo que no podía remediar.

Mientras, la pareja de pistoleros se dirigía hacia su coche, situado en el estacionamiento que había junto a la sala de fiestas. Kit abrió la portezuela del lado izquierdo y se sentó tras el volante. Lemmy lo hizo en el asiento contiguo.

De repente, Kit oyó dos chasquidos. Sin pronunciar una sola palabra, Lemmy se desplomó primero hacia adelante y luego a un

lado.

Antes de que pudiera reaccionar. Kit sintió tras la nuca el contacto de algo muy frío.

—Habéis perdido el viaje —sonó una voz detrás de él.

Kit empezó a mover ambas manos. En aquel momento, la mujer apretó el gatillo. El pistolero, muerto instantáneamente, se derrumbó sobre el volante.

Zorini estaba en su despacho. Pasadas las tres de la madrugada, se dispuso a salir para regresar a su casa. Entonces, de repente, se dio cuenta de que no estaba solo.

Alzó la vista. Una oleada de pánico invadió su ánimo al ver a la mujer enteramente vestida de negro que le apuntaba con su pistola.

—No, no... —sollozó.

—Tus dos pistoleros están muertos —ella sonrió despectivamente—. Hicieron su último viaje. La admisión en el infierno es completamente gratuita —añadió con sarcasmo.

—Ruth, te juro que yo no...

—Eres un cerdo, Joe. Ahora sabes lo que pasaron tus esbirros cuando supieron que iban a morir. Te sentiste muy satisfecho cuando supiste que tus órdenes habían sido cumplidas. Me quemaron la cara y el pecho... ¿Crees que puedo dejarte vivir?

Zorini extendió las manos, suplicante:

—Te daré lo que me pidas, buscaré los mejores médicos...

Ella apretó el gatillo una vez. Zorini se convulsionó en el asiento, agarrándose el pecho con ambas manos.

—Tienes suerte, porque yo vivo un infierno de dolor desde hace dos años —dijo ella—. Tú sufrirás sólo unos segundos.

La mano de Zorini fue hacia el teléfono, en un desesperado intento de pedir socorro. Pero la siguiente bala entró por su sien izquierda y lo lanzó al suelo, en donde quedó absolutamente inmóvil.

Antes de llamar, Hunter y Constance cambiaron una mirada. Ambos vacilaban, pero fue él quién se decidió a pulsar el botón de llamada.

Pasaron unos minutos. Ya creían que tendrían que volverse de vacío, cuando de pronto se abrió la puerta.

Ada Black apareció ante sus ojos, ataviada como para salir a la calle.

—Hola —saludó afectuosamente—. ¡Qué sorpresa tan agradable!
—¿Podemos pasar? —dijo Hunter—. Queremos hablar con usted, Ada.

—Claro —accedió ella.

—¿Iba a salir? —preguntó Constance.

—Sí, pero no tengo demasiada prisa. ¿Les apetece algo de beber?

—Ada, hemos venido a hablar con usted —manifestó Hunter.

Ella estaba ya junto a la consola de los licores y se volvió hacia sus visitantes.

—¿Sucedé algo? —preguntó.

Hunter bajó la vista para mirarse unos instantes la puntera de sus zapatos.

—Ada... Constance y yo sospechamos que usted no...

La dueña de la casa se sirvió una copa con pulso perfectamente firme.

—¿Tienen miedo de hablar? —preguntó, casi burlona.

Hunter se llenó los pulmones de aire.

—Usted es Ruth Egan —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, se oyó una gran carcajada.

—Derek, usted puede ser un magnífico arquitecto, pero es un pésimo detective —dijo—. ¿De dónde ha sacado semejante absurdo?

—Constance y yo lo hemos discutido muchísimo. Las cosas que hemos visto nos confirman las sospechas concebidas.

—Vaya, sí que es gracioso... ¿Qué tengo yo que ver con esa estupenda cantante acróbata?

—¿Por qué no nos dice mejor qué tiene que ver ella con usted?

—Ada, usted lleva una máscara —intervino Constance.

Los ojos de la mujer brillaron.

—¿Cómo puede asegurar semejante estupidez? —exclamó.

Hunter se acercó a ella y alargó una mano. Otra mano femenina le rechazó con tremenda violencia.

—¡Déjeme, no me toque!

Hunter sonrió.

—Ada, si de veras no es Ruth Egan, haremos una prueba bien sencilla —dijo—. Yo me volveré de espaldas. Constance podrá

comprobar su verdadera personalidad.

—Sí —dijo la muchacha.

La mujer respiraba entrecortadamente. Había un brillo especial en sus ojos y sus manos temblaban levemente.

—Yo quise besarla hace días —dijo Derek—. Usted iba a ceder, pero reaccionó a tiempo, sobre todo cuando la bata se abrió un poco y uno de sus hombros quedó al descubierto. Se puso casi enferma... y entonces fue cuando se inventó la historia del desengaño amoroso.

—¿Y si fuera cierto? —gritó ella.

—Lo realmente cierto es que usted no es Ada Black.

Sobrevino un momento de intenso silencio. De pronto, la dueña de la casa dejó la copa sobre la consola y empezó a soltarse los botones de la blusa.

—¡No lo haga! —gritó Hunter.

Ella sonrió.

—Usted lo ha pedido —dijo.

Hunter dudó un momento, pero, al fin, se volvió de espaldas. Estuvo así unos momentos y, de repente, oyó una sofocada exclamación de sorpresa, brotada de los labios de Constance.

—Dios mío, qué horror...

—¿Me comprenden ahora? —dijo la auténtica Ruth Egan.

Hunter apretó los puños.

—Ruth, no sé qué decirle...

—Puede volverse. Constance, tómame una copa; lo estás necesitando. Y sírveme otra a Derek.

Las manos de la muchacha cubrían sus ojos.

—No puedo creer tanta vileza...

—Pero lo has visto, ¿no? —dijo Ruth.

Hunter se acercó a la consola y llenó dos copas.

—¿Por qué, Ruth? —preguntó escuetamente.

—No se lo puedo decir a usted, pero sí a esa linda muchacha que le acompaña. Constance, póngase en mi lugar. ¿Qué habría hecho?

—No lo sé, no lo sé... —dijo Constance sordamente.

Hunter tomó un trago. Entregó otra copa a la muchacha y se encaró con Ruth.

—Comprendo sus pensamientos, pero no apruebo su forma de actuar —dijo.

—No he esperado nunca que nadie aprobase lo que he hecho. Pero tenía que hacerlo. Me juré a mí misma que un día me vengaría de todos los que habían destruido lo más precioso para una mujer: su belleza.

—Ruth, ¿de veras cree que la belleza es lo más hermoso en la mujer?

Ella sonrió desdeñosamente.

—¿Qué otra cosa pide el hombre a la mujer? —contestó—. ¿Estaría usted junto a esa chica tan bonita si fuese fea?

—Ella es mi cliente...

—Estamos desviándonos de la cuestión —intervino Constance—. Ruth, nosotros la apreciamos sinceramente a usted, pero lo que ha hecho es horrible.

—¡Merecían morir! ¡Todos! —gritó Ruth, con salvaje acento de odio.

Hunter se dio cuenta de que las quemaduras sufridas por la cantante no habían afectado sólo a su cuerpo, sino también a su mente. Ruth vivía actualmente bajo la obsesiva idea de la venganza, y nada le haría desviarse de sus insanos propósitos.

Era preciso distraerla, desviar su atención, para poder avisar a la policía sin que se diera cuenta. Un buen, abogado podría hacer mucho por ella, sobre todo, cuando conociese su historia y más teniendo en cuenta la clase de los individuos muertos, todos ellos hampones de la peor reputación. Pero, incluso por su propio bien, había que evitar que continuase su sangrienta carrera.

—Ruth, ¿quién es la chica que está trabajando con Fuller con el nombre de usted?

—Mi hermana Cindy.

—¿Gemela? —preguntó Constance.

—No, un año más joven. Pero aceptó plenamente la idea de ayudarme en la venganza cuando le expresé mis propósitos.

—El parecido no debería ser absoluto...

Ruth lanzó una agria carcajada. De pronto, alzó la mano derecha y se arrancó de un tirón la máscara que cubría sus facciones.

Constance retuvo el aliento. Hunter contempló un rostro que ahora era vulgar, pero en el que, sin embargo, no se advertían rastros de las quemaduras producidas por el ácido.

—Los médicos trabajaron mucho en mi cara, pero no pudieron

hacer nada en el pecho —explicó Ruth—. Fue entonces, cuando convalecía, que empecé a pensar en mi venganza. Tenían que morir todos, todos los miembros del *gang* de Farnsyde y de Zorini. ¡Yo tenía que vengarme, compréndanlo! No hubiera podido seguir viviendo, de no haberme alimentado con la idea de la venganza. Tenían que pagar con sus vidas todo lo que me hicieron. Me lo juré a mí misma, apenas estuve en situación de coordinar mis pensamientos, y lo he cumplimentado...

—Pero ¿y su hermana? ¿Por qué complicó a Cindy en la venganza? —preguntó Hunter.

—Estuve en el hospital cosa de dos meses. Luego volví a casa de mis padres, allá en Oregón. Ya sólo vivía mi madre, pero estaba muy enferma y la atendía Cindy. Entonces, le expliqué mis propósitos y pedí su colaboración. Cuando ella me vio desnuda... prometió ayudarme sin reservas. Pero resultaba preciso hacer las cosas bien. Hicimos fabricar dos máscaras... Yo tenía algún dinero ahorrado y, además, vendimos la propiedad... Una máscara era para mí. La otra reproducía exactamente mis facciones, cosa nada difícil, puesto que disponía de abundantes fotografías. Durante casi año y medio, Cindy estuvo entrenándose bajo mi dirección. La enseñé a cantar, a saltar, a moverse en el escenario... Resultó mejor que su profesora —dijo Ruth con una risa amarga, le tonos bajos y siniestros—. Y entonces, cuando tuvo todo listo, nos vinimos aquí, por separado, claro está. Yo llegué un poco antes y pude apreciar que las cosas seguían igual. Era perfecto para mi plan de venganza.

—Además, se entrenó a tirar con la pistola. Pero ¿qué hacía ese estuche de violín en su automóvil?

—Tengo un rifle despiezado, por si lo necesitaba. Pero no he tenido que utilizarlo.

—También usaba el puñal.

Ruth volvió a reír.

—Usted sabe bien que no descuidé tampoco mis ejercicios gimnásticos. Tengo un brazo fuerte y un pulso muy firme.

—Sí, ya veo. De todos modos, he de darle las gracias. Usted me libró de una buena cuando dos tipos me asaltaron en casa.

—Los vigilaba constantemente. Ellos no se fijaban en mí; estaban preocupados solamente por mi hermana, a quién creían Ruth Egan...

—Pero Cindy falló cuando no me reconoció —dijo Constance.

—Luego me lo contó y yo le facilité datos de nuestra estancia en el colegio. También le dije que se mostrase afectuosa contigo.

—Sí, pude darme cuenta de ello. Pero, Ruth, nosotros no podemos consentir que la cosa siga adelante.

—No veo cómo van a poder impedirlo —de pronto, Ruth abrió su bolso y sacó su pistola—. Lo siento, tienen que quedarse aquí. No quiero espectadores en el último acto del drama.

CAPÍTULO XII

Hunter forcejeó con las ligaduras que le sujetaban al sillón. A su lado, Constance hizo lo propio.

—Derek, ¿cómo hemos podido ser tan incautos para caer en la trampa? —se lamentó la muchacha.

—Ella tenía una pistola. Nos consideraba como amigos, pero también obstáculos en su venganza. Habría sido capaz de disparar contra nosotros, si le hubiéramos opuesto mayor resistencia. Está como ciega, ya no ve otra cosa que sangre... Durante algún tiempo, ha ido actuando con sangre fría y gran paciencia, pero a medida que iba cumpliendo las etapas que ella misma había planeado, su mente se exacerbaba más y más, hasta impedirle, en cierto modo, un raciocinio congruente y lógico. En el presente momento, éramos estorbos y tenía que quitarnos de en medio. Reconozcamos que ésta ha sido la mejor forma, al menos para nosotros.

Constance asintió.

—¿Cómo no hemos sabido verlo antes? —murmuró.

—No somos policías. Si los propios especialistas no han conseguido nada, ¿qué podíamos hacer nosotros? Demasiado hemos conseguido, ¿no le parece?

—Sí —suspiró ella—. Derek, ¿le duele la cabeza?

Hunter sonrió.

—Ya se me pasa —contestó.

Ruth le había obligado a atar a la muchacha. Luego, cuando estaba descuidado, le hizo perder el conocimiento de un culatazo, a fin de atarlo sin dificultades. El golpe, sin embargo, no había sido demasiado fuerte:

Ruth lo había calculado bien, para no causarle demasiado daño y actuar con entera libertad.

Pasaron unos minutos. Hunter era fuerte, pero las ligaduras lo eran más todavía.

—Descansaré antes de seguir —dijo—. Constance, ¿por qué no me habló usted de las empresas Jerbsen y de su padre?

Ella sonrió.

—Hace algunos años, mi padre estuvo una temporada aquí. Vio Highnoon Hill, le gustó y compró el terreno. Un día se construiría allí una residencia, pero los negocios le quitaron la idea por el momento. Luego se acordó y, al oír sonar su nombre, me envió a mí para construir la casa.

—Eso me suena a prueba —dijo él.

—Sí, y he de admitir que ha dado un resultado enteramente satisfactorio.

—Pero si no he terminado aún...

—Los planos y los diseños son más que suficientes, Derek.

—¿Sabe algo su padre?

—Le diré una cosa: está interesado en continuar el Farnsyde Residential. Con otro nombre y otro cemento. A mi padre le gustan los hombres emprendedores, con criterio propio y, además, honestos.

—No siga, que me voy a ruborizar —rió Hunter.

—En cambio, yo no puedo ruborizarme —se quejó ella.

—¿Por qué?

—Bueno, aún no me ha dicho que soy bonita, que me aprecia mucho...

Hunter sonrió.

—Espera a que estemos libres —contestó. De pronto, lanzó una exclamación—. Constance, creo que ya lo he encontrado.

—¿Qué, Derek?

—El modo de soltarme de las ataduras. Ruth no calculó que el sillón es de madera... ni yo había sabido fijarme hasta ahora.

De pronto, Hunter apoyó en el suelo las puntas de los pies. A saltitos, consiguió mover el sillón en el cual se hallaba atado, haciéndolo girar al mismo tiempo, hasta situarse a cosa de un metro de la pared. Entonces, tomó impulso con todas sus fuerzas y se lanzó de espaldas contra el muro.

Se oyó un tremendo crujido. El respaldo saltó en astillas. Derek rodó por el suelo, pero se incorporó enseguida, para repetir la operación y terminar de romper el mueble. A los pocos momentos, tenía los brazos libres.

Constance quedó desatada minutos más tarde.

—¡Vamos a telefonar a la policía! —exclamó.

Hunter corrió hacia el teléfono. Pronto se dio cuenta de que los cables estaban cortados.

—Ha pensado en todo —dijo, contrariado—. Pero quizá podamos hacer algo todavía.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Sólo hay un sitio: la casa de Farnsyde —contestó él, a la vez que, agarrando la mano de la muchacha tiraba de ella hacia la puerta—. Avisaremos a la policía desde una cabina pública —añadió.

Todo el cuerpo de Farnsyde sufrió un violento temblor cuando se enteró, por los periódicos de la tarde, de los tres muertos que habían sido hallados de madrugada, asesinados a balazos. Entonces comprendió el silencio de Zorini.

Presintió que su muerte estaba cercana. Ella vendría a visitarle muy pronto. Pero aún podía hacer algo para evitar un final desastroso.

Sentado en el lujoso despacho de su residencia privada, esperó largo rato. Al atardecer, oyó el ruido de una puerta que se abría y se cerraba no lejos del despacho.

Transcurrieron algunos segundos. La puerta se abrió. Una mujer apareció ante sus ojos. Estaba armada, pero no tuvo tiempo de disparar. Farnsyde apretó el gatillo dos veces. Ella se quejó, soltó el arma y cayó al suelo.

Farnsyde gritó de alegría y corrió hacia Ruth.

—¡Te he cazado! —dijo.

Ruth se mordió los labios.

—Lléveme a un sillón —suplicó.

—Claro. —Farnsyde apartó de una patada el arma que ella había soltado al caer—. Te irás al infierno y a mí no me pasará nada...

—Siempre fue usted un tipo con suerte —jadeó Ruth.

—No me puedo quejar —dijo Farnsyde, mientras la agarraba por debajo de los sobacos.

Momentos después, Ruth quedaba sentada en un sillón, frente a la mesa de despacho. La sangre se extendía lentamente sobre su pecho y su regazo.

—Deme un cigarrillo...

—Sí, claro.

Ella inhaló el humo y tosió. Sostenía el bolso con una mano, mientras miraba al hombre que tenía frente a sí, sentado negligentemente en el borde de la mesa.

—¿Cuándo va a llamar a la policía, Richard?

—Cuando estés muerta. No te queda mucho tiempo de vida, Ruth.

—Sí, es cierto... Richard, ¿sabe que he destruido su pandilla?

—Otros volverán. La noticia se publicará en los periódicos. Tendré dificultades, claro; pero todo se arregla. Menos la muerte.

—Menos la muerte —repitió ella—. Richard, ¿recuerda usted al arquitecto?

—¿Hunter? Oh, vamos, un tipo sin importancia... aunque muy creído de sí mismo. Hunter no me preocupa en absoluto, te lo aseguro.

—Tampoco a mí. Pero usted hizo algo que me dio una idea... ¿Ha oído hablar alguna vez de una cartucho en reserva?

Farnsyde lanzó una atroz carcajada.

—No es más que una frase tópica —dijo.

Ruth tenía el bolso abierto. Era bastante grande. La mano que sostenía el cigarrillo entró en el bolso, como si hubiese perdido repentinamente la fuerza.

—Son dos cartuchos... en reserva... —anunció.

—¿Qué dices?

—Ya... lo ha oído...

De pronto, Farnsyde oyó un leve siseo. Al mismo tiempo, percibía un extraño olor a quemado.

—¿Qué hay en ese maldito bolso? —gritó, a la vez que se arrojaba hacia ella.

—Dos cartuchos... en reserva... pero de dinamita.

Farnsyde le había arrebatado el bolso y lo tenía en las manos, cuando oyó las últimas palabras de la joven. Un horrible alarido brotó de su garganta al comprender la verdad.

Estiró los brazos para lanzar el bolso, pero, en aquel momento, se produjo la explosión.

Dos coches llegaban de direcciones opuestas en aquel momento. Uno de ellos era un patrullero de la policía.

El otro automóvil estaba ocupado por Hunter y Constance.

Cuando ya se detenían frente a la casa, vieron un tremendo fogonazo, seguido de una espantosa detonación.

Los cristales de una ventana saltaron ruidosamente por los aires. Un cuerpo humano fue proyectado a través del hueco y cayó sobre el jardín que rodeaba el edificio.

Los policías, repuestos de la impresión, corrieron al jardín. Uno de ellos vio el cuerpo y se retiró a un lado, acometido por fuertes arcadas. El otro entró en la casa y salió a los pocos momentos.

—Hay una mujer muerta... Está horriblemente destrozada... — anunció con voz trémula.

Constance se tapó la cara con las manos. Hunter inclinó la cabeza. No conocía todavía el origen de la explosión, pero no le cabía la menor duda de que Ruth había culminado su venganza con una especie de apoteosis de sangre y destrucción, algo así como el final de una tragedia griega, a la que la dinamita había puesto su música de ruido infernal.

Con ojo crítico, Hunter contemplaba la marcha de los trabajos, cuando, de pronto, vio que se le acercaba una esbelta joven, cuyos ojos estaban cubiertos por grandes lentes de color.

—Hola —dijo Cindy Egan.

—¿Cómo está? —saludó el joven cortésmente.

—He venido a verle... Tengo que darle las gracias por lo que hizo, señor Hunter.

—Le aconsejo que olvide lo pasado. Es lo mejor, señorita Egan. Cindy asintió.

—Me costará un poco —respondió—. ¿Qué opina usted de mí? Ayudé a Ruth en su venganza...

—No me siento capacitado para emitir un juicio. Yo me imagino fácilmente el estado mental de Ruth y lo que usted debió de sentir al verla tan horriblemente mutilada.

—¿Cree que no debía haberse vengado?

Hunter hizo un gesto con la cabeza.

—No sé... Repito que es difícil opinar. Hay que dejar pasar el tiempo, Cindy. Usted es joven y tiene mucho campo por delante todavía.

—Ruth ya pagó sus culpas, si las tuvo.

—Sí, es cierto. ¿La ha molestado la policía?

—No demasiado. A fin de cuentas, mi ayuda fue mínima.

Simplemente, me limitaba a desempeñar el papel de mi hermana.

—Pero sabía lo que ella hacía.

Cindy se encogió de hombros.

—¿Había forma humana de evitarlo? Creo que, en los últimos tiempos, había enloquecido. Una vez le hablé... y casi estuvo a punto de matarme. En su mente ya no había más que la obsesión por la venganza, se lo aseguro.

—Sí, quizá tenga razón. ¿Qué dice Fuller?

—Voy a casarme con él. Me retiraré. No quiero actuar más. Denis está conforme con mi decisión.

—La felicito, Cindy.

Hubo un instante de silencio. Luego, Cindy le tendió la mano.

—Suerte, Derek —se despidió.

Hunter se quedó solo, aunque no por mucho tiempo. Un coche se detuvo en las inmediaciones. Dos personas se apearon del vehículo. Una de ellas era un hombre alto, fornido, de pelo gris y mandíbula cuadrada.

—Mi padre, Derek —presentó Constance.

—Hola, muchacho —saludó Rainer Jerbsen—. Ella me ha hablado mucho y muy bien de usted —lanzó una mirada a la obra—. Es tal como lo había visto en mis pensamientos —añadió, sonriendo.

—Me alegro, señor Jerbsen.

—Derek, papá ha venido para hablar contigo del Farnsyde Residential —dijo Constance—. Quiere que lo acabes, pero sin poner ni quitar una línea del proyecto.

—Al menos, le cambiaremos el nombre —sonrió Hunter.

—Sí, le pondremos el de mi hija —dijo Jerbsen—. ¿Le parece bien, muchacho?

—Eso no es una cuestión de mi incumbencia, aunque debo reconocer que es un nombre que me agrada muchísimo.

—Derek, papá ha venido, además, por otro motivo —manifestó Constance.

Hunter volvió el rostro hacia el padre de la joven.

—Usted dirá, señor Jerbsen.

—¿Yo? Es ella quien tiene que decirlo, hombre.

—Papá, es Derek y no yo el que tiene que hablar —exclamó Constance.

—No entiendo —dijo Hunter, desconcertado.

—Derek, es bien sencillo. Papá ha venido aquí para que le pidas mi mano —rió la muchacha.

—¿No te atreves, Derek? —preguntó Jerbsen.

Hunter miró primero al hombre y luego a Constance.

Al cabo de unos momentos, sonrió.

—Señor, quiero casarme con su hija —declaró.

Constance saltó impetuosamente a su cuello.

—¡Sí! —gritó.

Jerbsen arqueó las cejas.

—Para ver esto, no necesitaba venir aquí —se quejó.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

**el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de**

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

